

Por una mirada ética

Conversaciones con
Alicia Gómez Montano

Carlos Gómez



cuadernos tecmerin



Título: *Por una mirada ética. Conversaciones con Alicia Gómez Montano.*

Autor: Carlos Gómez

Apoys:

Proyecto I+D+i “*Los medios audiovisuales en la Transición española (1975-1985). Las imágenes del cambio democrático*”. Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España, CSO2009-09291.

Proyecto I+D+i “*El cine y la televisión en la España de la post-Transición (1979-1992)*”. Ministerio de Economía y Competitividad de España, Gobierno de España, CSO2011-15708-E.

Edición:

Grupo de Investigación “Televisión-Cine: memoria, representación e industria” (TECMERIN) de la Universidad Carlos III de Madrid, Getafe, noviembre 2012.

www.uc3m.es/tecmerin

Director de la colección: Manuel Palacio

Coordinación editorial: Sagrario Beceiro

Copyright: Los autores de los textos y el Grupo de Investigación “Televisión-Cine: memoria, representación e industria” (TECMERIN) de la Universidad Carlos III de Madrid.

Año 2012

ISBN: 978-84-695-6721-0

Depósito legal: M-41856-2012

Maquetación e impresión: 2Color, S.L.

Foto de portada: J.M. Bermúdez



Reconocimiento - NoComercial - SinObrasDerivada (by-nc-nd)

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

cuadernos tecmerin

1

Por una mirada ética

Conversaciones con
Alicia Gómez Montano

CARLOS GÓMEZ

Índice

	<i>Págs.</i>
<i>Cuadernos Tecmerin, por M. Palacio</i>	9
Introducción, <i>por C. Gómez.....</i>	11
Infancia, estudios y primeros trabajos ...	13
Entrada en RTVE. El Centro Regional de Navarra	35
Regreso a Madrid. Los informativos y el área de nacional. Subdirección de <i>Informe semanal</i>	71
La nueva TVE. Dirección de <i>Informe semanal</i>	93

CUADERNOS TECMERIN

Manuel Palacio

El Grupo de Investigación “Televisión-Cine: memoria, representación e industria (TECMERIN)” fue fundado en 2006 en el seno de la Universidad Carlos III de Madrid. El grupo, integrado por docentes e investigadores del Área de Comunicación Audiovisual, ha buscado a lo largo de estos años profundizar en aspectos poco desarrollados por las metodologías de análisis del audiovisual en España y en áreas tan diversas como los estudios televisivos y filmicos, la economía política, la geopolítica del audiovisual, las representaciones sociales y las tecnologías de la imagen. La colección *Cuadernos Tecmerin* supone un nuevo paso adelante para el grupo, que cuenta así con su propio espacio editorial para la publicación de los resultados de las diferentes líneas de investigación desarrolladas. Además, esta colección adopta una forma dual, siendo editada en papel y como libro electrónico disponible en la página web del grupo (www.uc3m.es/tecmerin).

El ímpetu para los primeros volúmenes que van a integrar la colección nace del interés del grupo en el concepto historiográfico de lo que se conoce internacionalmente como *History from Below*. De esta manera, los *Cuadernos Tecmerin* se conciben como una serie de trabajos en los que toman la palabra aquellos y aquellas cuya voz habitualmente no se escucha cuando se elaboran los relatos históricos hegemónicos, en la certeza que proporcionan nuevas maneras de entender el pasado y la memoria. Creemos con ello mantener (y restituir) la memoria y la identidad audiovisual de nuestro país a través de las fuentes y testimonios orales.

*M. Palacio es catedrático de Comunicación Audiovisual
e Investigador Principal del Grupo TECMERIN.*

INTRODUCCIÓN

Carlos Gómez

Alicia Gómez Montano ha trabajado como periodista en Televisión Española durante los últimos treinta años. Esta entrevista recorre su trayectoria profesional con la intención de contribuir a la historia oral de los medios audiovisuales en España. Al iniciarse esta colección de *Cuadernos Tecmerin*, pensamos que la experiencia de Alicia nos permitiría abordar numerosos temas de interés sobre el medio televisivo.

Por una parte, Alicia Gómez Montano comienza el ejercicio del periodismo coincidiendo con la consolidación del sistema democrático en nuestro país. Por otra, cuando comienza a trabajar en los medios de comunicación, la presencia de mujeres en las redacciones es escasa y prácticamente inexistente en las categorías técnicas. Tras una breve experiencia en Radio 3, en febrero de 1982 Alicia se incorpora al Centro Regional de Navarra de TVE. Es la época en que, establecido el Estado de las autonomías, se procede a la creación de Centros Regionales en las comunidades autónomas que todavía no cuentan con uno. No es fácil encontrar testimonios sobre el funcionamiento de los nuevos centros o sobre la significación que tenían en ese contexto histórico. En el caso que nos ocupa se trata, además, de un centro situado en una comunidad marcada por conflictos nacionalistas y la actividad terrorista de ETA.

Finalizada su etapa en Navarra, Alicia regresa a Madrid y su carrera queda vinculada a los programas informativos de TVE. Trabaja como jefa del área de nacional de los *Telediarios* hasta su incorporación a *Informe semanal* como subdirectora en 1996. Posteriormente será la directora del programa desde el año 2004 hasta agosto de 2012. Huelga decir que estamos hablando del programa informativo semanal más importante y longevo (comenzó a emitirse en

1973) de la televisión en España. Además, los programas informativos permiten observar de manera privilegiada las relaciones entre la sociedad y el medio televisivo.

Este volumen es fruto de seis entrevistas realizadas durante los meses de abril y mayo de 2011. Las entrevistas fueron grabadas y posteriormente transcritas. Una vez realizada la transcripción, he intentado mantener siempre el carácter original de la conversación informal que mantuvimos a lo largo de las sesiones. A pesar de ello, es obvio que he editado pasajes del texto para evitar repeticiones o rodeos innecesarios, al tiempo que reordenaba determinadas partes para conferir unidad al conjunto. Pero siempre respetando el discurso, la forma de expresión y las ideas de la entrevistada.

Para finalizar, no puedo cerrar esta breve introducción sin agradecer a Manuel Palacio y al grupo de investigación TECMERIN la posibilidad de colaborar en este proyecto. Y, por supuesto, quiero agradecer a Alicia Gómez Montano su confianza y su implicación en el desarrollo de las entrevistas.

Getafe, 1 de octubre de 2012

INFANCIA, ESTUDIOS Y PRIMEROS TRABAJOS

¿En qué año naciste?

En 1955.

¿Dónde naciste?

En Madrid. En la zona de Chamberí, en la calle Alonso Cano.

¿Tus padres eran madrileños?

Mis padres eran de Madrid, mis abuelos eran de Madrid, mis bisabuelos eran de Madrid... Y nos perdemos en los orígenes. Somos de pura cepa, de los pocos que al parecer quedan.

¿A qué se dedicaban tus padres?

Mi padre era panadero y mi madre era ama de casa.

¿Tienes hermanos?

Tres. Dos chicos mayores y una chica menor que yo.

¿En qué colegio estudiaste?

En varios. Primero en un colegio público que se llamaba Joaquín Sorolla. Después hice el bachillerato en un colegio de monjas, las Damas Apostólicas.

¿Qué recuerdas de tu educación primaria?

Recuerdo que en el Joaquín Sorolla, que estaba en la calle María de Guzmán, tuve profesoras a las que adoraba y otras a las que odiaba. Todas me parecían muy mayores. Y particularmente tengo malos recuerdos de una profesora que se llamaba Eulalia, que me tenía una especial hostilidad. No sólo a mí, curiosamente parecían molestarle las que éramos buenas estudiantes. Y cuando contestá-

bamos bien a sus preguntas decía: “Muy bien sabia Salomón, me has dado la lección”. Aquello provocaba muchas risas en la clase. A mí y a otras alumnas que lo vivíamos, nos hacía sentirnos muy humilladas. Estoy hablando de los diez años. En ese momento no lo procesas, lo procesas cuando eres mayor y tienes un poco de voluntad pedagógica. Y entiendes que es un disparate. Lo recuerdo con muchísima hostilidad, y además una hostilidad adulta. A mí esa persona se me olvidó porque una quiere olvidar las cosas que le duelen, pero posteriormente me han venido los recuerdos de aquella profesora tan nefasta. Probablemente se cargó el futuro de algunas de las niñas que estábamos allí. No es mi caso, porque por lo que sea hay personas más resistentes que otras.

Luego, por el contrario, también recuerdo otras profesoras que eran particularmente cariñosas. Todas tenían un aspecto monjil, muy de sección femenina de la época. Y recuerdo con especial cariño a una que se llamaba Carmen Alsina, que me pareció una gran profesora. Era una persona muy tierna y muy dulce con los alumnos.

¿Y cómo fue el bachillerato en el colegio de monjas?

Del periodo con las Damas Apostólicas tengo mejores recuerdos. Eran mucho más justas. No era una educación especialmente rancia, y tanto las clases como las profesoras eran buenas. Estaban en la calle Santa Engracia, en un edificio neomudéjar. Recuerdo que había una especie de loseta de cerámica en la que ponía “Patronato de Enfermos”, y las alumnas hacíamos chistes con que parecíamos todas tuberculosas. Teníamos un uniforme horroroso, estilo Príncipe de Gales, con la falda muy larga. En cuanto salíamos de clase le dábamos dos vueltas para ir enseñando un poco las rodillas y estar sexis. Ahí ya teníamos desde trece a dieciséis años.

Mi madre me apuntó con las monjas a las clases especiales de máquina, taquigrafía y contabilidad, que se daban en el colegio cuando se acababan las clases normales. Se suponía que una vez que acababas el bachillerato, con máquina, taquigrafía y contabilidad ya estabas preparada para ser la mejor secretaria del mundo. También

una chica de futuro que podía aspirar a un matrimonio más o menos decente.

¿Tenías libertad para elegir lo que querías hacer al acabar tus estudios?

Yo creo que las mujeres que nacimos a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, fuimos la primera generación en España que no dudaba de que tenía que trabajar. Pero chicas que sólo tenían cinco o diez años más que yo, en su inmensa mayoría, se casaban para luego quedarse en casa y cuidar de sus hijos. Por fortuna, me tocó vivir ese cambio. Con la educación que recibí prácticamente podías elegir qué querías ser de mayor. Podías decidir estudiar, si tus padres o tus circunstancias te lo permitían, o no hacerlo. Como decía mi madre, con que tuvieras bachillerato superior ya eras una chica bien formada. Eso te permitía trabajar durante unos años y, posteriormente, decidir si te quedabas en casa cuidando de la familia o continuabas trabajando.

Así que yo iba a las clases de máquina, taquigrafía y contabilidad, donde conseguí tener una velocidad salvaje, sobre todo en máquina. Después me examiné en la Real Sociedad de Amigos Matritenses y obtuve mi título de taquimeca. Y curiosamente son dos herramientas que me han servido mucho en periodismo, ya que he sido capaz de coger a la velocidad del rayo frases textuales en ruedas de prensa.

¿Qué percepción tenías de la situación política en España durante tu infancia y adolescencia?

En casa yo pillaba algunas cosas. Era una niña muy cotilla y me encantaba escuchar detrás de las puertas o cuando me metía debajo de la mesa camilla a jugar. Creo que mi madre era consciente y lo procuraba evitar. Yo procedo de una familia de perdedores de la guerra por parte de madre. En la familia de mi padre había de todo. Eran diez hermanos, había falangistas y comunistas pero todos se quisieron mucho.

En la familia de mi madre eran puros perdedores, empezando por mi tía Carmen y su marido, mi tío Federico. Los dos estuvieron en la cárcel, lo que en mi casa se llevó con un gran silencio. No querían que nos enterásemos, yo creo que para que no pudiéramos meter la pata en el colegio. Era una familia asustada. Mi madre siempre decía: “Prefiero morirme antes que pasar otra guerra”. Y yo no lo entendía. Su padre se quedó sin trabajo porque pertenecía a UGT y su cuñado lo denunció al terminar la guerra. Mi abuelo Carlos, al que llamaban “el bolchevique” aunque era socialista, se encontró sin trabajo con cuarenta y tantos años y cuatro hijas. Después alguien de su familia le permitió trabajar como empleado en un negocio de pianos. Mi madre siguió cobrando hasta que murió una pensión que le reconocieron posteriormente a mi abuelo para personas que perdieron su trabajo por razones políticas.

¿Todo eso se reflejaba en tu casa de alguna manera?

En mi casa había grandes silencios. Algunas cosas las he sabido después, como que mi madre le rompió en mil pedazos a mi padre un carné de falangista que guardaba. Creo que antes de que yo naciese hubo un incidente bastante desagradable, porque mi padre quiso comprar algo para mi hermano mayor en los años del estraperlo. Fruto de aquello le dieron una paliza tremenda en mitad de la calle, a consecuencia de la cual le tuvieron que quitar un testículo. No le invalidó para seguir teniendo hijos, porque si no yo no hubiera nacido. Pero aquello debió de ser muy doloroso. No sólo para mi padre, que fue el que recibió los golpes, sino también para mi madre, que le rompió ese carné que guardaba. Y no creo que lo guardase de una manera reverencial, porque mi padre nunca nos habló de política.

Aun así en mi casa algo se debía de hablar, porque recuerdo que un día con siete u ocho años, yendo en el metro, me había quedado con algo de una conversación y le dije a mi madre: “Oye mamá, ¿y por qué en casa decís que España es una dictadura?”. Yo no sabía lo que significaba la palabra dictadura, lo que sí sé es que mi madre

me dio un bofetón. Ella siempre decía: “Delante de la niña no se puede decir nada.”

También recuerdo la ironía de mi madre, que desde que pudo votar siempre votó a la izquierda. Y cuando a veces salía Franco en la tele decía: “Pero qué guapo es, pero qué guapo”. Yo creo que la más politizada, la que salió peor parada de todo aquello, fue mi madre. Siendo una niña en Madrid, se pasó tres años durante la guerra con el mismo abrigo. Y ella crecía pero el abrigo era siempre el mismo. Y su padre, aunque pertenecía a UGT, era un machista y la obligaba a ir andando hasta Alcobendas para comprar vino. Y ella se encontraba cadáveres por la carretera. Todo eso lo vivió con un enorme sufrimiento. Ella siempre decía: “Hay cosas que no contaré jamás”. Recuerdo que me irritaba profundamente que mi madre no quisiera ir a misa, porque yo veía que todas mis amigas iban a la iglesia con sus padres. Y mi madre me decía: “Pues ve tú”. Y yo iba, pero lo que quería era haber ido con mi madre, que me comprara un velo y me pusiera una horquillita en el pelo.

¿Y cuándo fuiste consciente de todas esas ramificaciones políticas que había en tu familia? ¿Ya en la edad adulta?

Sí, si entendemos por adulta los diecisiete o los dieciocho años. En los setenta ya me enteraba de más cosas. Mi padre murió en 1973, aún vivía Franco. Pero mis dos hermanos, que son diez y cinco años mayores que yo, empezaban a hacer comentarios con los que mi madre se agobiaba muchísimo. Porque además mi madre sabía que ya íbamos a manifestaciones siendo extremadamente jóvenes. Yo me politicé en seguida. Nada que ver con los jóvenes de ahora, que no están nada politizados. Sin embargo, no era una casa en la que se hablara de política, ni en la que te enseñaran a estar concienciado o a luchar por la democracia.

En aquellos años también te enteras de que tu primo Luis, el que vive en París, es del partido comunista francés y está muy metido en el movimiento vecinal francés. Que es una persona “importante” dentro de los movimientos ciudadanos. Y empiezas a tener un cierto

orgullo de esa familia que no sabías que tenía detrás toda esa historia. Mi tío Federico ayudó en la reorganización del Partido Comunista en Málaga antes de su legalización. Y murió con la bandera roja, con la hoz y el martillo. De todas esas cosas yo me voy enterando en mi juventud.

¿Hay algún acontecimiento que te marque en esos años?

Recuerdo los fusilamientos de septiembre de 1975. Y a mi hermano Rafa profundamente indignado, pegando golpes en la mesa, casi llorando. Enseguida empezaron a circular por casa revistas como *El Popus*. A mi hermano le encantaba Martínez el Facha y aquel nieto que tenía, que desde la cuna se levantaba y decía: “Flanco, hijobluta”. Y todavía hoy nos reímos cuando lo recordamos.

Sobre todo me marcó cuando asesinaron a Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973. Yo conocía a mucha gente que lo celebró. Y no eran vascos ni de ETA. Fue gente que se alegró porque creían que con él caía el régimen. Esto es así, aunque ahora resulte políticamente incorrecto decirlo. Entonces yo tenía diecisiete años y estaba en Cristianos por el Socialismo, en las comunidades de base. Eso también fue un acicate político muy importante, de ahí salió media ORT, la Organización Revolucionaria de Trabajadores. Recuerdo que fui a la sede de Acción Católica con Tito, un amigo, a descolgar una pancarta de “Libertad para el proceso 1001”. Entonces ahí estábamos los jóvenes progres de Acción Católica, con la pancarta con las caras de Camacho, de Saborido, del cura García Salve... Y la descolgamos y todavía la tengo. Es de las pocas cosas que han ido conmigo a lo largo de mi vida.

De todas formas, si en casa la política era algo que estaba soterrado, ¿de dónde te viene esa conciencia política tan temprana?

Yo creo que de los cristianos. Empecé a cantar en un coro, y para mí fue fundamental el contacto con la comunidad de base y con aquella gente que tenía entre quince y diecisiete años. Lo que em-

pezó siendo cristianismo progresista acabó siendo agnosticismo progresista. Yo era la más joven. Creo que me llegaban pequeños *inputs* de mis hermanos. Otros de Tito, que era uno de los líderes. Yo aprendía de ellos. Hay un proceso de admiración y un proceso de imitación. El cura, Chema, era muy progresista. Si tuviera que elegir, creo que llegué más a la política a través de la religión que de la familia.

Hablemos ahora del paso de COU a la Universidad. ¿Cómo decides que quieres ir a la universidad? ¿Influyó tu familia en la decisión?

No, viene de mí. Yo era muy buena estudiante y tenía absolutamente idealizada la universidad. Pensaba en la universidad y me imaginaba paraninfos antiguos como los de Salamanca y Alcalá de Henares. Yo quería estudiar, me parecía que adquirir conocimientos era lo mejor que se podía hacer en esta vida. Nunca tuve ninguna duda de que iba a estudiar hasta donde pudiera y hasta donde me dejaran. No quería trabajar y ganar dinero como otras personas. Siempre he encontrado mucho placer en estudiar, porque creo que me ha abierto el pensamiento y me ha permitido entender cosas. Lo tenía claro. Pero cuando hice COU, se produjo en mi familia un acontecimiento desgraciado. Mi padre enfermó de cáncer de pulmón y le dieron seis meses de vida, que casi se cumplieron con precisión de relojero. Vivió ocho. Y mi madre, que entonces era más joven de lo que yo soy ahora, entendía que como uno de mis hermanos se iba a casar y el otro tenía novia, la que tenía que ponerse a trabajar era yo. Mi padre tenía un sueldo muy pequeño como panadero, y mi madre sabía que la pensión que iba a quedar tras su muerte era paupérrima. Decidí matricularme en una carrera que fuese compatible con un trabajo.

Recuerdo todo aquello como muy doloroso. Veía a mi padre cada día más consumido con cincuenta y ocho años. Y mi madre estaba llorando a todas horas por los rincones de la casa. Recuerdo que un día me senté en las rodillas de mi padre y le dije: “Papá, que ya voy a la universidad”. Y mi padre me abrazó, estaba con el batín en casa porque ya no podía trabajar. Ellos estaban orgullosos.

¿Y por qué eliges periodismo?

Me matriculé en periodismo, aunque mi idea inicial era hacer biología porque yo era de ciencias puras. Era lo que me gustaba. Y la elección de periodismo fue un giro de noventa grados, como otros muchos que he dado en mi vida. Con las notas que saqué en COU me recomendaban que hiciera física, biología o exactas. Sin embargo, sabía que no iba a poder hacer biología. La biología necesitaba jornadas completas, había prácticas de laboratorio. Y además sabía que si hacía biología, al final no sería nada. Acabaría trabajando como empleada de banca gracias a la máquina y a la “taqui” de las monjas. Y eso iba a ser para mí más frustrante que ir a la universidad a estudiar otra cosa. Entonces elegí entre las carreras que se pudieran estudiar con turno de tarde.

Con turno de tarde hacía poco que había empezado algo que se llamaba Facultad de Ciencias de la Información. Presenté el expediente, y como tenía notas muy buenas me cogieron sin ningún problema. Y así me encontré matriculada en Ciencias de la Información. Ahora creo que fue una decisión correcta, aunque al recordarlo me parece que hablo de otra persona. Esto no lo sabe casi nadie, porque no me gusta hablar de las cosas de hace muchos años. Los que me conocen se creen que he nacido con el micro en la mano, pero para mí esto del periodismo era una marcianada. Pero una vez que decidí cuáles eran las opciones tampoco me importó. Debo tener un lado acomodaticio que creo que me ha venido muy bien en la vida para superar dificultades. Al fin y al cabo iba a conseguir parte de mi objetivo, que era ir a la universidad y seguir abriendo puertas. Y no habían pasado ni dos meses desde que entré en la facultad cuando ya me parecía que no servía para hacer otra cosa en esta vida. En ese sentido, creo que soy muy mutante. Ahora no concebiría mi vida sin el periodismo. Pero si me hubiera tocado ser ceramista, probablemente no concebiría mi vida sin serlo. Soy una persona maleable, me adapto y voy buscando el camino que me interesa.

¿En qué año entraste en la facultad?

Fue en 1972. La segunda promoción.

¿Y no te planteaste estudiar en el Instituto Oficial de Radio Televisión Española en lugar de en la Facultad de Ciencias de la Información?

La verdad es que no me acuerdo, porque nada más acabar la carrera enseguida hice cursos en el Instituto. Cursos de especialización en audiovisual, porque la radio me llamaba mucho. Más que la televisión, que vino después. Me hubiera podido matricular en la escuela de periodismo, pero eran sólo tres años. Me parecía más interesante apuntarme en la facultad, que eran cinco años y se suponía que la enseñanza que iba a recibir sería más completa.

Y dentro de las limitaciones que tenías para estudiar, ¿sopesaste otras opciones?

Miré otras opciones, como derecho o políticas, pero Ciencias de la Información era la única carrera que me garantizaba clases de cinco a diez. Eso me permitía trabajar de ocho a tres, y todavía me daba tiempo a irme sin comer a la facultad y estudiar una hora en la biblioteca. Siempre estudiaba en el metro o en los autobuses. Estudiaba por las noches y los fines de semana, tenía una fortaleza absoluta.

Mi prioridad era acabar lo que empezaba, no soporto dejar las cosas a medias. Ya mucho más tarde, cuando hice la tesis doctoral, esa fue otra de mis obsesiones. La empecé cuando aún no dirigía *Informe semanal*, pero la terminé cuando ya era directora y no tenía tiempo. Acabé de editar la tesis quedándome dormida a las dos y las tres de la mañana. Sentía una frustración tremenda, porque ya con cuarenta y tantos años no necesitaba la tesis ni para ser feliz, ni para tener trabajo, ni para que me valoraran profesionalmente. Pero en esto he sido siempre un poco neurótica y quería acabar la tesis como fuera. Lo conseguí con un esfuerzo brutal y con un año de no hacer nada que no fuera la puñetera tesis y trabajar.

¿Qué significaba estudiar periodismo en aquella época?

En ese momento se estaban moviendo muchas cosas. La inquietud democrática se empezó a sentir antes de que muriera Franco, no había que ser militante del Partido Comunista para sentirla. Era el momento de contar la democracia. *El País* no tardó mucho en salir, comenzó en 1976. Recuerdo la envidia que me dio un compañero mío de la facultad, Pedro Montoliú, que fue de los primeros que entró a trabajar en *El País*. Montoliú ha hecho información local de Madrid durante muchísimos años. Yo admiraba cómo hablaba. No como yo, que era muy tímida y no tenía tiempo de socializar.

¿La prensa escrita nunca te llamó la atención?

Sí. De hecho si mi primer trabajo de periodista hubiera sido en la prensa, probablemente no hubiera salido de ahí. Desde la atalaya privilegiada que tengo en este momento, desde un programa como *Informe semanal*, sigo pensando que la excelencia del periodismo está en la prensa escrita. Lo sigo pensando pese a que prácticamente he desarrollado toda mi carrera en el medio audiovisual, en la radio y sobre todo en la televisión. Me gustaba muchísimo, porque además la prensa escrita es más fronteriza con la literatura y a mí me gusta escribir bien. Me puedo enrocar en un párrafo durante una hora hasta que sale tan bien como yo creo que tiene que salir. En ese sentido, la prensa escrita para mí es el mejor género que hay.

Incluso creo que los políticos y los protagonistas de la información tratan siempre con más seriedad a los periodistas de un periódico que a los periodistas de televisión o radio. Curiosamente políticos, banqueros, directores de cine... todos creen que el medio que tiene más impacto es el audiovisual, porque es masivo y el que más les interesa como vehículo de ideas y de propaganda. Pero te tratan con más respeto si estás en *El País* o en *ABC*. Es una impresión que he tenido desde el primer día y que sigo teniendo a día de hoy.

Yo hubiera trabajado encantada en la prensa escrita, pero mis primeras oportunidades profesionales fueron en la radio. Y de ahí pasé

a la televisión. Aun así he picoteado y picoteo. Ayer entregué una colaboración para *Fotogramas* sobre el rodaje de la última película de Almodóvar. He trabajado en la revista *Qué leer*, donde disfrutaba mucho porque he podido estar con escritores como Günter Grass.

Durante los años de facultad, ¿conocías en profundidad el panorama periodístico de la época?

Sí, conservo algunas revistas de la época. En muchos casos las compraba, aunque no siempre las leía. Sobre todo *Cuadernos para el diálogo*, *Doblón* y *Guadiana*. En muchos casos las hojeaba, sentía que estaba en el centro de las cosas importantes. Y antes en mi casa se compraba *La codorniz*. A mi padre le gustaba mucho, le hacían mucha gracia algunos de los chistes. Me acuerdo de uno que censuraron, una viñeta con unos señores barrigones inaugurando una estatua junto a un gran socavón. La estatua tenía el dedo hacia abajo señalando a los señores y les decía: “So cavones”. Aquella *Codorniz* luego fue un número muy importante, probablemente estará por ahí en los libros sobre el periodismo y los semanarios de aquel año. También en mi casa se compraba *Por favor*. Y por supuesto *El Papis* y *El Jueves*, que los traían mis hermanos. Con algunos personajes como don Cojonciano Frenillo de la Pipa nos reíamos mucho. Todos aquellos viñetistas eran buenísimos, estaban locos y totalmente ideologizados.

¿Qué impresión te causó la universidad al entrar?

Me causó cierta decepción. Había profesores muy flojos que no me aportaban nada. Sin embargo, yo niego que en la facultad no aprendiera nada, como decían algunos compañeros. De la facultad aprendí muchísimo, yo no era la misma a los diecisiete que cuando salí. Pero creía que iba a tener unos estándares más elevados de exigencia.

Cuando los profesores eran buenos se me caía la baba. Me acuerdo de Teodoro González Ballesteros, con el que ahora coincido dando clases en el Máster de Periodismo de *ABC*. Yo le adoraba y

me parecía que era de los mejores profesores. Creo que era fundamental tener profesores que te estimularan. Y yo no tenía relaciones personales con ningún profesor más allá de la clase, porque iba como una moto por la vida y además era muy tímida. En ese sentido fui una estudiante muy anónima.

¿Cuál era el perfil del profesorado?

Los profesores eran o muy mayores o muy jóvenes. Los jóvenes yo creo que eran gente que había acabado periodismo y que prácticamente pasaban de estudiantes a profesores. De los jóvenes tuve algunos que me dieron clase y hemos sido compañeros aquí en la televisión, como Rafael Díaz Arias. El propio Teodoro González Ballesteros era jovencísimo y un gran profesor.

A raíz de estas diferencias que comentas entre la edad de los profesores, ¿hay algún choque en la universidad entre una estructura heredada del franquismo e ideologías más progresistas que puedan entrar a través del profesorado joven?

Yo no lo noté. Sí sabía que había algún profesor que era, al menos en sus orígenes, bastante reaccionario. Incluso fascista. También había un par de profesores croatas, de aquellos que Franco acogió en España y situó bien. Pero no tuve profesores barbudos progres que me dieran la clase con una mentalidad de izquierdas.

¿Cuánta gente había matriculada en Ciencias de la Información?

Las clases de primero de Periodismo fueron en la sede del Instituto Oficial de Radio y Televisión, porque el edificio de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, conocido como el búnker, no estaba aún terminado. A clase íbamos por lo menos sesenta o setenta personas. Imagino que matriculadas habría más. Y sólo había un grupo. En el turno de tarde yo era de las más jóvenes, porque mucha gente iba a clase pero ya tenía trabajo, incluso como periodistas. A mí me daban mucha envidia, porque pensaba que yo lo iba a tener más complicado. Muchos de los

que estaban trabajando ya en la profesión dejaron de ir a clase y se apuntaron a las tutorías para poder sacar la carrera como fuera. Incluso hubo un mecanismo, que no recuerdo muy bien en qué consistió, por el que prácticamente les estaban regalando el título a muchísimos ilustres periodistas. Consiguieron ser licenciados por la vía exprés. Me pareció muy injusto y muy negativo para el rigor universitario.

¿Se notaba mucho que la facultad llevaba poco tiempo en funcionamiento?

Aquello fue haciéndose poco a poco, porque me acuerdo del momento en el que por fin hubo oficina del decanato y secretaría. Cuando estaba terminando Periodismo empecé con la licenciatura de Imagen y Sonido, porque me convalidaban muchas asignaturas. Y todavía no había plató de televisión. Nunca hice una práctica de imagen. La moviola la pintaban en el encerado, y la primera vez que la vi en la realidad me pareció mucho más sencilla de lo que me había imaginado. No teníamos cámaras, no tocábamos una moviola o un magnetoscopio. Nada de nada.

La facultad estaba en mantillas y la biblioteca también. Estaba mucho más equipada la del Instituto de Radio Televisión. En aquel búnker, que me parecía tan feo y gris, no había nada. Al principio yo creo que no había ni biblioteca para pedir libros prestados, porque yo sacaba la mayoría de la Biblioteca Popular, en la calle Santísima Trinidad. En la facultad no recuerdo haber pedido nunca un libro. Después aproveché para comprarme los que podía. Era una compradora compulsiva en la medida en que el dinero me lo permitía, porque en casa había libros y alguna enciclopedia, pero nada que me sirviera para estudiar. Me volví muy codiciosa con los libros y nunca me ha gustado prestarlos, porque muchas veces no se devuelven. Quizá valoro el libro más de la cuenta.

¿Había muchas mujeres haciendo la carrera?

Había más hombres que mujeres, justo al revés de lo que pasa ahora. Los hombres eran un setenta por ciento aproximadamente. Era la generación de los que ya hemos cumplido los cincuenta años. Muchas compañeras estaban en mi situación. Me hice amiga, y sigo siéndolo, de Pilar Valero, que ha sido corresponsal de la Agencia EFE en muchos sitios. Pilar y yo estábamos en la misma situación: hijas de familia humilde que se ponen a trabajar, pero que quieren seguir estudiando y que trabajan de administrativo por la mañana para ir a clase de cinco a diez.

¿Qué trabajos tuviste mientras estudiabas?

Mi primer trabajo, el año de COU, fue a través de la bolsa universitaria que también se anunciaba en el Instituto Isabel la Católica. Entré a trabajar en una productora cinematográfica que se llamaba Dauro Films, cuyo dueño era Espartaco Santoni. Estuve tres meses trabajando en la productora, y aquello fue para mí como la iniciación a la edad adulta. Hacían versiones dobles de las películas, la porno y la normal. Por entonces estaban haciendo *Las melancólicas*, y por un error la copia pornográfica se estrenó en Santiago de Compostela y se lió la de Dios es Cristo.

Fue en el verano de los diecisiete años, cuando iba a entrar en la facultad y mi padre ya estaba enfermo. Y allí trabajaba hasta las cinco o las seis de la tarde. Espartaco Santoni era como una especie de puma, agresivo y seductor. Tenía una corte de mujeres a su alrededor. A mí la verdad es que me daba miedo, aunque conmigo siempre fue muy amable. En aquella época su pareja era Analía Gadé, y yo veía pasar por allí a actrices como Pilar Velázquez, Teresa Rabal o Marujita Díaz, que había sido mujer de Espartaco y era muy es-trambótica. Yo, que era todavía muy inocente en todos los terrenos de iniciación a la vida, me quedaba boquiabierto viendo aquel mundo tan lujurioso.

Después de aquello ya no dejé de trabajar. Por un anuncio en el periódico entré en una empresa en la calle de O'Donnell que se lla-

maba TAMECEN, Talleres Metalúrgicos del Centro. Trabajaba de secretaria de ocho a tres. Allí estuve poco tiempo, porque en el periódico vi que necesitaban secretarías en MAPFRE y me fui porque me pagaban mejor. Sin embargo iba siempre con la lengua fuera y quería encontrar un sitio donde estuviera más protegida. Así que en cuanto cumplí los dieciocho años pensé en presentarme a las oposiciones para Auxiliar Administrativo de los Ministerios.

¿Aprobaste las oposiciones?

Sí. Salieron muchas plazas, y gracias a la “taqui” y a la “meca” de las monjas aprobé. Con lo cual soy funcionaria del Estado con la categoría de Auxiliar Administrativo. También aprobó mi amiga Pilar, y las dos pedimos como destino el Ministerio de Información y Turismo, donde estaba la Dirección General de Radio y Televisión. Y allí fuimos destinadas, lo que fue una maravillosa noticia porque se dedicaban a hacer resúmenes de prensa, a recortar periódicos, y a escuchar La Pirenaica en un servicio nocturno.

¿Y qué tareas desempeñabas?

Era un trabajo tangencialmente informativo. Se hacían recortes de periódicos que se pegaban en folios y se fotocopiaban. También se hacía un boletín de noticias con las editoriales y con las crónicas de Colpisa, que entonces ya estaban consideradas medio rojas. Y en cuanto acababa con el trabajo me ponía a estudiar, algo que a uno de mis jefes no sólo no le importaba, sino que me instaba a ello. Así que nunca le estaré suficientemente agradecida a ese señor, porque gracias a él aprobé la carrera.

Mi jefe era un señor muy del régimen que se llamaba Gonzalo Rodríguez del Castillo. Me ofreció una sustitución para trabajar de noche, con lo que ganaba más dinero porque la nocturnidad estaba muy bien pagada. Y allí estaba yo con los boletines de noticias, para que luego por la mañana los directores generales y los cargos intermedios tuvieran un resumen con lo más importante, que era lo que habíamos seleccionado. Tiempo después, con otro compañero que

se llamaba Miguel Torres, hice un artículo para la revista *Posible* que se llamó “Radio La Pirenaica: la emisora que más veces mató a Franco”. Porque era verdad, cuando me leía las transcripciones de La Pirenaica Franco siempre se había muerto o se iba a morir.

¿Con tu sueldo te costeabas los estudios?

Le daba el sueldo completo a mi madre. Ganaba nueve mil pesetas al mes, unos cincuenta euros. Y mi madre me daba dinero para mis necesidades: para salir los fines de semana, el bono del autobús, la matrícula, la ropa, etcétera. Pero yo era una chica muy austera.

¿Qué recuerdas de las movilizaciones y los movimientos universitarios?

Yo era de la AUPEM, Asociación Universitaria para el Estudio y el Progreso de la Mujer. Aunque los chicos de la facultad decían que éramos de la AUPUTEM. Creo que fui secretaria allí durante un periodo corto. Yo no era una feminista tan radical como otras de mis compañeras. Incluso a día de hoy, creo que mis comportamientos feministas han sido siempre menos radicales que los de otras mujeres. Tengo dudas que otras feministas no tienen con algunos temas, como la discriminación positiva. Pero sí, estaba vinculada a esta asociación. Éramos divertidas, un poco locas. Me acuerdo de que muchas se casaron de penalti, porque no existía la píldora del día después.

Luego recuerdo episodios concretos. Cuando ya estaba en Imagen y Sonido, un día aparecieron unos uniformados de la falange y empezaron a pegar a todos los de mi clase. A un compañero del que no he vuelto a saber nada, José Orcas, le dieron una paliza espantosa. Incluso había alumnos cayendo por las escaleras, pero a mí nadie me tocó un pelo. Había grupos de gente violenta que llegaba y montaba un pollo.

También recuerdo las huelgas generales, porque había huelga día sí y día no. Faltábamos muchísimo a clase. Nos quedábamos en las inmediaciones, en una pequeña pradera que había entre derecho y

periodismo. Eran años muy movidos. Había gente con capacidad de liderazgo y otros que no la teníamos. Los mayores marcaban la pauta, gente que estaba vinculada al Partido Comunista y al Partido Socialista. Y también a partidos que tuvieron una vida más o menos efímera, como la ORT o la Joven Guardia Roja. Yo los fines de semana seguía con Cristianos por el Socialismo, que tenían su propia deriva política, por así decirlo.

¿Se percibía desde la universidad un cambio cultural en la música o el cine?

A mí me llegaron cosas de la universidad y de mis hermanos. No sé lo que le debo a cada uno. Yo era una “serrariana” absoluta y lo sigo siendo, pero me acuerdo de haber ido a un recital de Raimon. Iba a escuchar canción protesta a un bar que estaba justo debajo del viaducto, donde iban Olga Manzano, Manuel Picón y otros de los que no recuerdo los nombres. Todo aquello creo que me llegó por la facultad.

En cuanto al cine, iba de vez en cuando a la filmoteca. Despreciaba profundamente el cine del destape y el cine de Manolo Escobar, de Conchita Velasco o de Alfredo Landa. Me reconcilié con algunos de esos grandes actores cuando les empecé a ver en otro tipo de películas. A Concha Velasco en *Tormento*, de Pedro Olea, y a Alfredo Landa en *Los santos inocentes*. A mí el cine español no me interesaba, eso no era progre. Yo pasé de Marisol a Bergman. La primera vez que vi *El séptimo sello* y *El manantial de la doncella* no entendí nada, pero no importaba porque eran muy simbólicas y tenías que decir que eran obras maestras. Me reconcilié con el cine español con otras películas muy posteriores, las películas de Víctor Erice o Carlos Saura. Por supuesto veía cine europeo y parte del americano. Lo que sí que había que odiar era el cine clásico de Hollywood, porque eran películas del Imperio y alienantes. Me aficioné a un cine militante, a películas que te hacían pensar. Como dice una amiga, el cine TOCI: “Tontos Cinéfilos”.

¿Cómo viviste la muerte de Franco?

Con alegría y con algo de miedo. Tenía veinte años y trabajaba en el Ministerio, donde había que disimular la alegría. Recuerdo que fui a trabajar para ver cómo los padres de la patria estaban descompuestos. Y en el bar del Ministerio de Información y Turismo unos funcionarios hicieron un pequeño brindis. De una forma discreta, aunque delante de sus propias narices, en el Ministerio de la propaganda de Franco.

Mi madre estaba muy preocupada, porque siempre decía que prefería una dictadura a la guerra, pero los jóvenes estábamos muy contentos. Teníamos la sensación de que todo iba a ser muy rápido, aunque a mí la presidencia de Arias Navarro se me hizo eterna. Recuerdo la poca confianza que nos daba el Rey. En aquel momento nadie pensaba que el Rey fuera a liderar ninguna transición, ni siquiera con el discurso del 22 noviembre de 1975, cuando habló de todos los españoles. En ningún momento tuvimos la impresión de que el Rey fuera capaz de hacer una apertura política. Es más, nos alegramos de que a la coronación, que nunca fue tal, vinieran sólo los príncipes de Mónaco y la representación internacional fuera prácticamente nula. Los que nos sentíamos en la oposición al régimen estábamos encantados de que no hubiera apoyo al nuevo Rey. Nos parecía que el Rey era la continuidad del franquismo.

¿En algún momento se tiene la sensación de que peligre la Transición?

La sensación era que aquello era un sueño que se iba a terminar. A Suárez le criticábamos todos porque prácticamente no era un demócrata. No teníamos ninguna esperanza con él. En aquel periodo pasaban cosas que hoy resultarían insoportables. Hace unos años consulté el número de víctimas de la extrema derecha y de ETA durante los años de la Transición. La cifra era altísima. Yo no lo podía creer, pero me sacaron los nombres. No sé cómo este país ha podido soportar ese número de víctimas. Más las que había que añadir del GRAPO o del FRAP, que también hizo de las suyas durante algún

tiempo. Y sin embargo, el corazón del país seguía latiendo. Creo que la explicación está en la gente que pasó la Guerra Civil. No se quería volver a pasar por algo parecido, y desde la izquierda y la derecha se hizo un ejercicio muy grande de responsabilidad para que las cosas no saltaran por los aires. Se miró para otro lado para no exigir una reparación al pie de la letra, algo que después ha tenido sus efectos colaterales.

Con el 23-F, ya en 1981, yo estaba estudiando Imagen y Sonido y me fui a mi casa con la certeza de que se había acabado. Para mí se cerraba un paréntesis y volvíamos a lo de siempre. Lo viví casi con resignación. Lo normal era estar en manos de señores carentes de principios democráticos. No hubo sensación de consolidación. Lo de la “santa transición” es fruto de los años ochenta, cuando se empieza a consolidar el país con la victoria de los socialistas y ya han pasado siete años desde la muerte de Franco. Ya estábamos en los estándares de otros países de nuestro entorno. Y es entonces cuando se empieza a idealizar la Transición.

Pensando en los años en los que se gesta la Constitución, que es un tema que yo he tenido que tocar mucho por mi trabajo, creo que hoy los políticos no se hubieran puesto de acuerdo para llegar a cosas que se dicen en ella. Hubo un ejercicio de responsabilidad por parte de mucha gente. Creo que es gente que lo hizo bien. Se juntaron grandes fontaneros de la política, como Fernando Abril y Alfonso Guerra. Y las cosas iban saliendo, instaurándose una cierta normalidad. Las leyes se iban haciendo y aprobando. La derecha se opuso a todo pero no cambiaron nada. Cuando pasaban cosas como la matanza de Atocha tenías la sensación de que todo pendía de un hilo. Pero todo eso se nos ha ido olvidando.

¿Qué haces cuando terminas la carrera?

Sigo trabajando en el Ministerio de Información y Turismo, que posteriormente se convierte en Cultura. Pero la Dirección de Radio y Televisión pasa a depender de Presidencia del Gobierno. Cuando se produce el cambio, todavía en la etapa de UCD, nos trasladan a

todos al complejo del Palacio de la Moncloa, al edificio conocido como “Semillas”. Allí trabajo casi dos años, haciendo el mismo trabajo: boletines de prensa, resúmenes de radio, etcétera.

Al mismo tiempo empecé a trabajar sin cobrar en Radio Intercontinental. Me vino muy bien porque aprendí a leer y a locutar. Estaba en un programa que se llamaba *A tumba abierta*, que hacía un sacerdote, el padre Aradillas. En realidad fueron como unas prácticas no remuneradas, pero aprendí cosas y tienes que empezar como sea. Además hacía asignaturas de la carrera de Imagen. Siempre estaba muy liada, aunque me sobraba tiempo para estudiar y preparar cosas.

También estuviste un tiempo en la cadena SER.

Eso fue cuando acabé periodismo. Había unas becas de un año que patrocinaba la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid, y las pedimos varios. Eran becas de nueve meses, empezabas en septiembre y acababas en junio. Y en la SER hacíamos un programa que se llamaba *Extensión 340*. El programa lo hacíamos nosotros, aunque había dos personas que nos tutelaban y nos enseñaban. Uno era el maravilloso José Joaquín Dicenta, que era del cuadro de actores de la SER. Yo me quedaba absorta escuchando todas sus anécdotas. El otro responsable que teníamos se llamaba Ángel Carbajo. Éramos un grupo de unas doce personas. El programa se llamaba *Extensión 340* porque esa era la extensión que teníamos en nuestra pequeña redacción. Era un programa semanal con el que aprendíamos el oficio de la radio.

En aquel grupo que hacía el programa estaba Carlos Llamas, que fue de los que se quedó. Era muy inteligente y me acuerdo de que tenía una voz preciosa. También estaban Guillermo Orduna, periodista de Radio Nacional; Ana Asensio, que ahora está en Televisión Española; Elsa González, la actual presidenta de FAPE. Y todos encontramos trabajo posteriormente.

Me comentabas antes que te llamaba mucho la radio en aquella época.

Sí, me gustaba mucho. Me parecía, y sigo pensándolo, que es el medio más cercano. Yo sigo teniendo dos transistores con los que circulo por casa. Sigo viéndole un valor añadido a la radio cuando pasa algo importante. Y también una proximidad y una cercanía que no tiene la televisión. Un profesional de la radio tiene una capacidad de improvisación que no tienes en televisión. En la televisión te tienes que poner delante de una cámara, mientras que en la radio puedes estar hablando permanentemente a través del móvil mientras te desplazas y sigues contando la noticia. La radio sigue teniendo una agilidad que no hay en televisión. Luego el resultado en televisión puede ser más extraordinario, porque del 11-S lo que recordamos son las imágenes de las torres cayendo. Pero aunque la permanencia de la televisión sea superior, en el momento en el que pasan las cosas la radio me sigue pareciendo imbatible.

ENTRADA EN RTVE.

EL CENTRO REGIONAL DE NAVARRA

¿Cómo entraste en RTVE?

Las primeras oposiciones a las que me presenté fueron para Radio Nacional. Y fue cuando entré en RTVE, aunque no eran de periodista, sino de documentalista. Pero el programa era muy parecido y había estado preparando también las oposiciones de redactor. Aprobé las de oficial de documentación, en concreto, documentalista es la categoría superior. Había una plaza y la saqué yo. Pedí la excedencia en la Secretaria de Estado para la Información y entré en Radio Nacional en el año 1980. Trabajaba en el archivo sonoro de ocho a tres.

Pero en seguida, como soy muy inquieta, empecé a moverme por la tarde y comencé a colaborar en Radio 3. Fue cuando estaba Jesús Vivanco, que era el director de los informativos de Radio 3, y probablemente la etapa más transgresora de la cadena, en informativos desde luego. Nunca se ha vuelto a informar como informaba Radio 3 entonces. Era como los *Spitting Image*, pero en la radio. Tú no decías: “El Presidente del Gobierno Adolfo Suárez ha inaugurado un pantano”. No, salía un locutor que decía: “Ese chico tan guapo que hace política, ¿cómo se llama? Ah, sí, Adolfo Suárez”. Era así de transgresora. Hay que hablar con la gente que estaba entonces, con Jesús Vivanco, con Fernando Delgado, o escuchar los documentos sonoros de entonces, para saber hasta qué punto Radio 3 fue transgresora. Era tremendamente molesta. Y tenía una corte de fans entregados y apasionados. Yo me quedaba fascinada con la manera de contar las noticias. No sólo no era el modo clásico, sino que era una especie de caricatura de los informativos canónicos que había en Radio Nacional de España.

Había otro programa maravilloso, *Tris Tras Tres*, que se erigió en programa de culto y donde también colaboré unos meses hasta que me fui a Pamplona. Lo hacían, para mi juicio, dos de las mejores

cabezas que he conocido: Fernando Luna y Carlos Faraco. Fernando era músico además de pianista, Carlos también. Ambos eran periodistas inteligentes y brillantes. Les admiraba y les sigo admirando. Y yo aprendía de ellos lo que podía. Inventábamos personajes, y uno se llamaba el inspector Montano, un inspector muy guarro tipo Colombo, que tenía mucha caspa, siempre con la gabardina sucia y arrugada. Fue una etapa muy bonita, y yo era su feliz aprendiz.

Hay un momento entonces en el que das el salto de tareas de documentación a tareas de redacción.

Sí. Además se podía. En aquel entonces entrabas en la radio o en la tele, hablabas con alguien y te dejaba colaborar. No te lo pagaban, pero daba igual. El caso es que hacías carrera y oficio. Luego todo eso tuvo, entre comillas, algún daño colateral. Hubo muchísima gente que acababa la carrera, que no tenía categoría de redactor y tiempo después fue a los tribunales para reclamarla. Además iban en grupo, iban masivamente. Había la lista de los ciento y pico, la lista de los doscientos y pico... Y los tribunales, la Magistratura de Trabajo, les acababa reconociendo la categoría.

¿Tú no pensaste en hacerlo?

Probablemente hubiera sido mi caso. Pero yo no esperé a nada de eso. Como siempre he sido un poco acelerada, me presenté a unas oposiciones que salieron para Bilbao. Había varias fases y suspendí en el segundo examen. Con las oposiciones todavía muy cercanas y con el temario bien aprendido, salieron plazas para el Centro Regional de Navarra y me presenté.

Los exámenes fueron en el Instituto Oficial de Radio y Televisión situado en la carretera de Dehesa de la Villa, junto a la Ciudad Universitaria de Madrid, y cuando llegué al primer examen me asusté mucho. Allí había muchísima gente, doscientas personas o más. Había un temario que era exactamente igual que el de Bilbao y luego había un temario específico sobre Navarra que me preparé: sobre las merindades, sobre los viejos fueros, sobre el antiguo régimen

foral mantenido en parte durante el franquismo... Cuando vi tanta gente y además comprobé que, lógicamente, la mayoría era de la Universidad de Navarra, pensé que no iba a aprobar jamás. Los de la Complutense siempre hemos tenido complejo, y pensábamos que la Universidad de Navarra era el colmo de la excelencia. Yo lo veía así, y pensaba que los de la Navarrensís eran gente mejor preparada que yo. El caso es que aprobé y aquello me sentó bastante bien.

Me llegó un telegrama diciendo que había aprobado y que me tenía que incorporar inmediatamente. Era el mes de diciembre de 1981. Yo tampoco tenía mayores prisas por incorporarme, había aprobado pero estaba en Madrid con mi trabajo en la radio. Me entró pánico al pensar que me iba a un sitio que apenas conocía y donde había estado dos veces en toda mi vida. Pero te conminaban a presentarte tal día, pedí permiso y me fui a Pamplona. Una vez allí el director, Pepe Marín, me dijo que me tenía que incorporar. Yo le dije a Pepe Marín que me incorporaría cuando me dejaran en Radio Nacional, y me liberaron a finales de febrero. Y un 23 de febrero de 1982 aparecí en Pamplona bastante asustada, porque creía que no iba a ser capaz de hacer bien el trabajo y que no controlaba el entorno. A los que íbamos de fuera nos recibían bastante mal los propios compañeros, porque reemplazamos a gente de Navarra que había entrado contratada seis meses antes.

Estamos hablando de la gente que fue la primera contratación del Centro Regional, que se abrió el 6 julio de 1981.

Exacto. Esa gente estaba contratada, se examina como yo en octubre o noviembre, unos aprueban y otros no. Y los que aprobamos pero no formábamos parte de aquella contratación llegamos a echar a los que ya estaban. Ésa fue la percepción con la que nos recibieron y la percepción con la que yo lo viví. Era un mal rollo pero no era mi culpa. Yo había preparado mis oposiciones y nadie me podía quitar el legítimo derecho a estar allí. Pero luego esa situación se pasa enseguida y las cosas se imponen por su propio peso. Tu jefe te da

trabajo porque eres la que ha llegado y tienes que trabajar. Y a tus compañeros también se les olvida y al final eres uno más.

Cuando eliges Navarra ¿es simplemente por una cuestión de disponibilidad de plazas para entrar en TVE?

Y porque tenía un novio en Vitoria y estábamos relativamente cerca. Yo no sé qué hubiera pasado si hubiesen salido plazas para Sevilla. Digamos que me venía bien. Era la oportunidad que teníamos muchos de encontrar trabajo. Los Centros Territoriales, Centros Regionales entonces, fueron una maravillosa escuela de periodistas, yo lo viví así. Además muchos de nosotros quizá no hubiéramos encontrado trabajo de no haber sido porque hubo toda aquella explosión de centros vinculados al nuevo Estado de las autonomías, y sobre todo con un sistema de acceso igualitario como son unas oposiciones.

Y cuando eliges Navarra ¿eres consciente de la situación política en la que está?

Sí, soy consciente pero no me preocupa nada. Qué puede pasar, ¿que haya otro golpe de estado como el de Tejero y cambie la situación del país? Bueno, pues ya veríamos qué pasa. No, en ese sentido yo veía que este era un país que tenía pequeños incendios por todas las esquinas. Me preocupaba como ciudadana en general que aquello pudiera dar la vuelta, es decir, que la democracia se invirtiera. Pero por ejemplo, el hecho de ir a una comunidad donde la actividad terrorista era elevada para mí no era muy relevante. Ni me preocupaba cubrir ese tipo de información. Es más, me parecía que era cubrir noticias más importantes que si estabas en otro centro como podía ser La Rioja o Cantabria, que entonces creo que todavía no existía. Yo lo veía en términos de periodismo “importante” o “no importante”. Me parecía que estar en un sitio como el País Vasco o como Navarra, por la especificidad de todo el conflicto que había y la actividad terrorista, era una manera de enfrentarte a informaciones duras pero que también eran muy poderosas.

No, no le di nunca mayor importancia, ni sentí ninguna sensación de peligro físico. Hubiera sido absurdo porque nunca tuve motivos para sentirlo, ni nadie me amenazó jamás. He tenido compañeros que han recibido amenazas o les han buzoneado, y eso impresiona muchísimo y te cambia la vida. En ese sentido yo he sido muy afortunada. Lo viví todo con total naturalidad. No viví con naturalidad los atentados, eso es distinto. Pero nunca me consideré ni por asomo un potencial objetivo, ni siquiera pensé que el azar existe y que te pueda pasar lo que le pasó a un compañero que era técnico de sonido, que pasó justo por delante de un cajero automático en la calle Sancho el Fuerte cuando explotó. No le pasó nada, pero el susto que se llevó fue monumental. Y Tomás, que así se llama, no estaba cómodo en Navarra y sentía que le podía pasar algo, pero yo no. Yo estaba encantada y enseguida me gustó mucho la forma de ser de los navarros y lo que era aquella comunidad. Me sigue pareciendo que es un sitio privilegiado, muy cerca de muchas cosas. Y me dejé seducir, me sentí muy cerca de ellos. Para mí los años que viví en Navarra fueron una fiesta profesional y personal. Es más, me hubiera podido quedar mucho más tiempo porque fui muy feliz, aunque reconozco que profesionalmente se te abrían otros horizontes si te marchabas.

¿Qué ideas tienes sobre Televisión Española antes de empezar a trabajar allí? Sobre todo en cuanto a programación y servicios informativos.

Me parecía que eran un poco rancios. Y que venían del régimen y estaban cambiando. La primera imagen de modernidad en los informativos de televisión es un poco posterior. En la televisión y en la radio también se produce una transición, donde siguen estando parte de los que estaban pero luego, poco a poco, van siendo sustituidos los que dan imagen, porque se suponía que había que poner nuevos rostros para nuevas etapas.

Yo creo que el primer rostro de la modernidad, o de los primeros que recuerdo, fue Lalo Azcona: tan guapo con el pelo hacia atrás,

aquel diente un poco partido, aquellas corbatas deliberadamente torcidas. Y el colmo femenino de la modernidad, el rostro bello y la gran comunicadora, fue Rosa María Mateo. Se convirtió un poco también en musa de la democracia. Un poco después, ya cuando gobierna el PSOE, entra esa otra generación de nuevos rostros en la que estaban Paco Lobatón, Ángeles Caso, Elena Sánchez, María Escario, Concha García Campoy o Manolo Campo Vidal. Estoy hablando del año 1982 o 1983, yo esos años estaba en Pamplona. Ellos eran la nueva televisión, los nuevos rostros de la televisión. Pero yo creo que eran algo más, significaban un cambio y una nueva manera de contar las cosas.

De todos modos creo que se percibió antes la modernidad en la radio que en la televisión. Y en la televisión hubo programas maravillosos que me siguen pareciendo buenos al día de hoy. Programas como *La edad de oro* de Paloma Chamorro, o aquellos programas con actuaciones en playback, con McNamara, Juan Perro o Almodóvar, cantando canciones que incitaban al aborto y a la droga pero que por supuesto no tenían ningún interés ideológico. Eran programas que movían al escándalo, impensables hoy en día.

Has nombrado que ha habido una transición en Televisión Española que comenzaría con la transición política y duraría hasta la llegada al poder del PSOE. Como trabajadora de RTVE, ¿percibes esos cambios?

Sí, yo percibo cambios porque cambian los gobiernos. Lo que no percibo son cambios en la mirada que tienen esos gobiernos respecto a la televisión. Somos una democracia y ya no es la televisión del franquismo, pero ahora es la televisión de los partidos que ganan las elecciones.

El cambio profundo, que no es el cambio icónico y de rostros, ha tardado casi treinta años. Ese cambio se ha demorado hasta el año 2004, y a día de hoy no está consolidado. O sea, aquí el cambio que hubo fue de un poder dictatorial a un poder democrático, de la televisión de la dictadura a la televisión de la democracia, pero lo

que no cambió fue la tutela política. Antes era la tutela de un régimen sin libertades y después era la tutela del parlamento. Para un país que sale de una dictadura no hay nada más sagrado que los partidos políticos. Yo creo que fue precisamente esa fe en el régimen de libertades y en el régimen de partidos democráticos la que hizo poner en manos de los partidos políticos servicios de interés general y públicos, como son la radio y la televisión.

Dicho así, sobre el ideario teórico, todo eso está muy bien. Pero el problema es que los partidos que ganan las elecciones creen que tienen derecho a decidir, en nombre de los ciudadanos que les han votado, las políticas de los medios de comunicación públicos. Notas que estás en un país en democracia, y que das noticias nuevas al ritmo de los cambios legislativos que se están haciendo. Pero lo que yo al menos no percibí fue mayor libertad informativa. Ves que la tutela política sobre la televisión va pasando de mano en mano, y que los jefes que ponen son jefes profesionales, algunos incluso grandes profesionales, pero nunca alguien que no les sea relativamente afín. Ese otro cambio profundo para parecernos a la BBC y no a una televisión tutelada tardó en llegar todos estos años.

Y a nivel de base de trabajadores, ¿se notan los cambios de gobierno? Por ejemplo, ¿cuando entra el PSOE salen muchos trabajadores de UCD?

Sí, eso lo cuentan ellos. La victoria del PSOE a mí me tocó estando en Navarra. Allí no cambió nada, éramos todos unos recién llegados. Luego cambió el director pero yo creo que ni siquiera fue algo vinculado a la victoria socialista. En aquel momento el presidente de la Diputación Foral pertenecía a UCD, era Juan Manuel Arza. Digamos que en las autonomías había una especie de dualidad. Por un lado dependíamos del gobierno central, como televisión pública que depende de una cadena central; pero al ser también una televisión que hace información local, dependíamos del gobierno que había en la Diputación Foral, que era UCD.

En aquel periodo hay mucha militancia política en los sindicatos. ¿Eso se vive también en Navarra?

No, todo se correspondía con el tamaño del centro y era muy doméstico. Los sindicatos no eran influyentes ni especialmente representativos. Más bien eran compañeros a los que eventualmente te podías dirigir para resolver dudas laborales. Actuaban un poco como los intérpretes del estatuto y del convenio. Todo bastante rutinario y burocrático.

Me gustaría que me comentases qué supone la creación de Tele Navarra. El Centro Regional abre en julio de 1981. En 1982 se produce el Amejoramiento del Régimen Foral de Navarra, y antes de la apertura del centro Navarra estaba cubierta por Tele Norte.

Yo creo que hubo prisas por hacer el Centro Regional de Navarra antes que el de otras comunidades que eran pluriprovinciales. No fue un criterio de población. ¿Por qué se adelanta Navarra a La Rioja o a Castilla-La Mancha? Obviamente por razones políticas. La Constitución todavía dejaba en el aire la posibilidad de una integración de Navarra como la cuarta provincia de lo que en términos *abertzales* o nacionalistas se llama Euskal Herria. Dejaba y deja, porque ahí está la disposición transitoria cuarta de la Constitución, que establece los mecanismos para una posible incorporación de Navarra al País Vasco.

Pero la población con sentimientos nacionalistas ve como ese sueño de las cuatro provincias formando parte de una misma comunidad se desvanece poco a poco. Sobre todo cuando se produce la segregación de los diputados del Partido Socialista Vasco elegidos por Navarra y la creación del PSN, el Partido Socialista de Navarra. Además el sueño se desvanece empezando por la madre, porque siempre se ha dicho que Navarra es la cuna de todos los vascos, por orígenes antropológicos y de lenguaje. Aunque el Centro Regional se crea en 1981 con UCD, los socialistas también refuerzan esa idea. Por lo que el Centro Regional es una manera de crear identidad política, social y cultural propia. Y durante muchos años ETB no se

ve en Navarra. Esto tampoco es baladí, tiene intención. Como también tiene intención que los escudos, los símbolos y el mapa del tiempo que daba ETB durante las legislaturas del PNV incluyeran siempre el mapa de Navarra. Nosotros vamos al centro para hacer información de proximidad de Navarra, no vamos a contar la información meteorológica del País Vasco, ni vamos a contar las actividades del Lendakari. Vamos a contar qué pasa en el Gobierno de Navarra y a crear identidad de Navarra. Eso está claro. Pero nadie nos lo dice ni nos dan un libro con instrucciones.

Te iba a preguntar por ETB, ¿cuánto tardó en empezar a emitirse en Navarra?

No lo sé, pero tardó mucho tiempo. Se veía en algunas zonas porque se colaba la señal. Había muchas iniciativas tanto del Partido Nacionalista Vasco como de Eusko Alkartasuna, cuando se fractura el PNV, para que se pudiera ver ETB en Navarra por razones culturales. Incluso creo que ha habido pequeñas concentraciones o manifestaciones donde se pedía. Pero la administración foral jamás lo facilitó.

¿Cuántas personas trabajabais en el centro?

Tendría que echar cuentas. Yo creo que éramos aproximadamente cuarenta personas. Cuando yo me marché el centro siguió creciendo, pero ahora ha sido drásticamente reducido después de la reestructuración que tuvo RTVE, en la que se redujo la plantilla en un cuarenta por ciento. En aquel entonces el equipo estaba formado por el jefe de realización, el jefe de informativos, el jefe técnico, el jefe de producción, y por encima de estos cuatro estaba el director. Y luego por debajo de cada uno de ellos estábamos los redactores, los realizadores, los ayudantes de realización, producción, administración y los técnicos. Me parece que éramos ocho redactores. Y eso era el equipo, unas cuarenta personas más o menos.

¿Y qué tiempo de emisión tenía al día Tele Navarra cuando llegaste en 1982?

El tiempo fue creciendo. Cuando yo llegué teníamos una hora de dos a tres, pero después se amplió. En aquel entonces podíamos pedir ampliación de las emisiones. No había problemas económicos, presentábamos proyectos y se hacían diferentes programas. Luego empezaron a emitirse un informativo y otros programas por la tarde también. Íbamos ocupando un espacio relativamente pequeño, pero teníamos dos horas al día, creo que era hora y media por la mañana y media hora por la tarde. Por la mañana era justo hasta el *Telediario*. Primero había distintos programas dependiendo del día, y de dos y media a tres estaba el informativo territorial. Acabado el informativo territorial, inmediatamente, empezaba el *Telediario*. Tenía unas cuotas de audiencia muy buenas.

¿Había alguna parte de la programación en euskera?

Sí, había un informativo. Digo había aunque yo creo que lo sigue habiendo. Era un resumen de noticias en euskera, una cosa bastante testimonial.

¿Pero estaba incluido dentro del informativo?

Sí, con eso terminábamos. Eran unos tres minutos al final del informativo. Era lo mismo que habíamos contado pero resumido en euskera. Luego cuando salió el mapa lingüístico de Navarra, con una zona vascofona, una zona mixta y una zona castellanoparlante, también hubo algunas iniciativas para que la programación en euskera fuera mayor. Pero eran iniciativas. La parte vascofona es importante geográficamente hablando, pero en población es pequeña. La zona más poblada de Navarra es la mitad sur. Por eso siempre eran iniciativas que tenían poco éxito, porque eran de ayuntamientos pequeños o porque un ayuntamiento conseguía que algún diputado de EA llevara al parlamento la propuesta. Y todas las iniciativas que pretendían incrementar la programación en euskera eran sistemáticamente derrotadas.

Aun así esos minutos testimoniales que hay en el informativo, ¿son obligatorios?

Yo supongo que tiene que estar por escrito en el Estatuto de Radiotelevisión de 1980 ya derogado, ya que se habla de la singularidad y de las lenguas. Creo que eso continúa y nunca se ha quitado, entre otras cosas porque probablemente es más problemático quitarlo que dejarlo. Y mantenerlo por una parte es testimonial, pero por otra se supone que satisface un poco a ese sector de población que se considera bilingüe o que se considera vasco parlante. Siempre se ha mantenido. Pero el Centro Territorial de Navarra nunca ha sido un vehículo de difusión del euskera, y tampoco lo ha sido el Centro Territorial del País Vasco. Yo creo que ahí, verdad o no, ha habido un fenómeno de espejos en el que euskera equivale a nacionalismo. Ya sé que esto hay que matizarlo mucho y daría lugar a debates profundos, pero la realidad es así. La población que se siente nacionalista considera el euskera su primera lengua, y la población que no se considera nacionalista no.

Te lo preguntaba también porque es un factor que influye en el trabajo. Tú entras por oposiciones en el centro, pero tiene que estar contemplado que algún trabajador hable euskera si hay que mantener esos minutos.

Sí, y de hecho hubo una prueba para ampliar la plantilla de redactores en la que uno de ellos se pedía con conocimientos de euskera. Pero al final los que tenían conocimientos de euskera no eran los mejores entre los aprobados, y se decidió que era mejor seguir contratando a alguien para que hiciera la traducción al euskera.

A nivel de instalaciones, ¿estaba bien equipado el centro?

Todo era pequeño, pero teníamos la impresión de que llegábamos razonablemente a todas las cosas. Además yo he visto cómo han ido cambiando todos los artilugios y todos los equipos técnicos, porque en veinte años los cambios han sido tremendos.

En el Centro Regional se empezó trabajando en una pulgada, que era el famoso carrito en el que llevabas una cinta. El ayudante lo arrastraba como una especie de carrito de la compra, aunque en realidad era un gran magnetoscopio que llevaba ruedas. Así empecé yo a salir a trabajar, con el cámara y el carrito. Lo llamábamos así, el carrito, nunca hablábamos del magnetoscopio. Y en sanfermines se reían de nosotros, porque no era fácil moverse entre ese gentío con el carrito. Antes, cuando Navarra se cubría desde Tele Norte, el corresponsal que había en Navarra, Eduardo Olano, trabajaba en 16 milímetros. De hecho hay muchas películas de Navarra en Bilbao, que después se han ido *telecinando* para que las pudiéramos tener en Pamplona. Pero en los archivos de Navarra nos pasábamos el día pidiendo cosas a Bilbao.

Revisando anuarios de RTVE leí que el centro tenía un plató de treinta metros cuadrados.

Sí, y posteriormente se amplió. También compartíamos una unidad móvil con Zaragoza, aunque siempre la tenían ellos. Ahora lo ves y te parece ridículo, pero entonces partías de cero y todo te parecía bien. Y como lo que estás haciendo durante muchos años es crecer, no tienes sensación de retroceso en ningún momento.

¿Y cómo es la cobertura de eventos como los encierros de San Fermín? Las emisiones de Tele Navarra comenzaron con las fiestas.

Yo no sé si el primer año se dieron en directo, pero sí, los encierros se retransmitían. Lo que fuimos haciendo fue sofisticar el recorrido del encierro con nuevas cámaras. Venían cámaras de apoyo de Madrid, claro. Al principio se hacía sólo con cuatro cámaras, pero al final había ocho o nueve. Y además ya se colocaban con muchísima intención, y la riqueza de la retransmisión de la carrera de los sanfermines que se hace ahora es infinitamente mejor que la que se hacía en los comienzos. Eso también hubo que aprenderlo.

Al principio se colocaba una cámara en la cuesta de Santo Domingo¹, de modo que si se giraba a la izquierda cogía los Corrales del Gas de donde salían los toros, y cuando los toros ya pasaban por delante del objetivo, se giraba a la derecha y podía coger hasta la curva del Ayuntamiento. Había otra cámara en Mercaderes, que recogía Mercaderes y la entrada a Estafeta. Y luego había otra en Estafeta, que si girabas a la izquierda te permitía ver los toros que venían de Mercaderes, y una vez que pasaban girabas a la derecha para captar la entrada a la plaza. A fin de cuentas estamos hablando de un recorrido de ochocientos metros. Luego se empezaron a poner muchas más cámaras y era una maravilla, porque podías grabar las cogidas, los heridos o los revolcones que se producían casi todos los días en los encierros. Revisabas el material grabado y ya hacías un montaje más afinado. Me parece que últimamente se usaban ocho cámaras. Luego la Casa de Misericordia, dueña de la plaza de toros, vendió los derechos de emisión a Cuatro. Esto fue hace poco, tres o cuatro años, y tuvimos que sacar una de las cámaras que teníamos dentro. Existe una competencia muy feroz sobre quién hace mejor los encierros, pero aparentemente los seguimos haciendo nosotros mejor, pese a que perdimos ese punto de vista de la última cámara.

¿Iba gente de Madrid para la cobertura de otros eventos?

Sí, venían. A veces también se presentaban porque había pasado algo importante, porque había elecciones o porque venían a hacer un reportaje para *Informe semanal*. Se presentaban directamente ellos con sus cámaras y sus cosas, y a mí me sorprendía porque muchas veces no pasaban ni por el centro. Muchas veces ni los veía-

¹ *Nota del autor:* El recorrido de los encierros de San Fermín comienza en los corrales situados al final de la Cuesta de Santo Domingo. Desde allí el recorrido sube hasta la Plaza del Ayuntamiento y gira por la calle Mercaderes para continuar posteriormente por la calle Estafeta. Finalmente se recorre el tramo conocido como Telefónica hasta llegar al callejón que conduce a la plaza de toros de Pamplona.

mos, llegaban solamente a saludar al director. Les mirábamos por el rabillo del ojo. Cuando hacían crónicas para el *Telediario* les criticábamos muchísimo, porque decíamos: “Lo han hecho fatal, se han equivocado”. Era la venganza del local frente al paracaidista que llegaba de Madrid a hacer las noticias importantes. Casi nunca era que tú pidieras apoyo, sino que simplemente los servicios centrales decidían que una noticia era muy relevante y mandaban gente. Y nosotros nos dedicábamos a lo nuestro, a lo que era la información local.

¿No había colaboración para cubrir determinados eventos?

En algunas ocasiones. Recuerdo cuando vino el papa Juan Pablo II a Javier. Evidentemente para hacer aquella cobertura y la retransmisión de la misa vino mucha gente de Madrid, realizadores, productores, etcétera. O la primera visita de los Reyes a Navarra, que fue muy importante porque estaba el mal sabor de boca del abucheo que recibió el Rey por los diputados de Herri Batasuna en el Parlamento Vasco. Aquella visita se cuidó muchísimo en todos los sentidos para que lo Reyes no pasarán un mal rato. En esos casos sí venían refuerzos y se hacían programas especiales. Pero normalmente, para lo que era la información cotidiana, no había refuerzos.

¿Trabajabas como redactora cuando empiezas en el centro?

Sí. No recuerdo cuánto tiempo estuve como redactora, creo que no llegó a dos años. Estuve hasta que se marchó el jefe de informativos, José María Esteban. Entonces me propusieron a mí ser la nueva jefa de informativos. Como redactora hacías de todo. A mí me gustaba mucho la información política, y hacía mucha información parlamentaria. No me importaba estar hasta las nueve o las diez de la noche en el Parlamento, estaba con los colegas de los otros medios y tenía todo el tiempo para mí. A lo que me negaba era a irme del Parlamento antes de que acabara algo importante y luego copiar al día siguiente del *Diario de Navarra* o de los teletipos. Me parecía que eso no decía mucho de mí como periodista.

Yo prefería quedarme con los colegas de la Agencia EFE, que éramos todos amigos o eso parecía, y con la cronista parlamentaria del *Diario de Navarra*, Inés Artajo, que ahora es la directora del periódico. Metíamos muchísimas horas. Pero igual que hacía eso hacía cualquier cosa. En agosto no hay parlamento, así que cubría las fiestas, sobre todo en Estella y Tafalla. Los sanfermines tenían una cobertura muy grande, pero también había que dar algo más que una simple noticia a las otras grandes cabeceras de merindad. También hacía ayuntamiento y piezas costumbristas, de lo que llamamos sociedad. Lo único que no solía hacer era información deportiva. Los fines de semana que me tocaba guardia a lo mejor hacía entrevistas o temas de deportes, pero siempre con las preguntas que me preparaban, porque es una materia en la que he sido una ágrafa toda mi vida y lo sigo siendo. Pero hacía de todo, absolutamente de todo.

¿Y cubrías información sobre los atentados de ETA?

En los primeros tiempos de Tele Navarra había tendencia a pensar que los atentados eran cosa de hombres. Es un tema que a mí me enfadaba muchísimo. Aparentemente era por protegerte, pero yo creo que era algo de mentalidad machista que quedaba. Normalmente lo que era el atentado en sí casi siempre lo cubrían hombres. Luego ya las mujeres estábamos para los funerales, para noticias más secundarias relacionadas con el atentado o para entrevistar a las viudas. Es una cosa que no ha dejado de parecerme una paradoja, porque es bastante más duro desde el punto de vista emocional entrevistar a la viuda de una víctima de ETA que cubrir el hecho en sí. Tampoco entrevistábamos a tantas viudas, todo hay que decirlo, porque la mayoría de las víctimas eran guardias civiles o policías nacionales que venían de fuera. Y cuando mataban al pobre guardia o policía la familia entera se iba con el féretro. Ya no se quedaban a vivir en esa comunidad porque les resultaba tierra hostil, evidentemente.

Pero a pesar de ese intento de que las mujeres no lo hiciesen, ¿cubriste atentados?

Sí, porque al final los atentados tienen un protocolo muy claro desde que suceden hasta que se produce el entierro o el traslado a otro sitio. Había muchas piezas que cubrir: la noticia, la investigación policial, la manifestación de condena cuando había, etcétera. Y al final cubres muchos. No todos los atentados impresionan por igual, no sé por qué. Recuerdo que hacía la información de los atentados con bastante asepsia. Te metes en la noticia y lo que te preocupa es tener suficientes imágenes y testimonios, con lo cual no te pones a pensar que estás haciendo una información sobre una materia especialmente sensible. Pero hay cosas que en un momento dado marcan la diferencia.

Por ejemplo, recuerdo que mataron a un guardia civil y la capilla ardiente fue, como la mayoría, en la Delegación del Gobierno. Todo era normal. Estaban allí los políticos, hice una entrevista a Jaime Ignacio del Burgo y recogí los testimonios típicos. El ambiente era severo, pero lo que hizo aquel día diferente fue la entrada de la madre. De pronto aparece una señora muy mayor, de unos ochenta años, vestida de negro de los pies a la cabeza y con el pelo recogido en un moño blanco detrás. La señora entró llorando y diciendo: “Pero hijo mío, si tú no has hecho nada, ¿por qué te han matado?”. A mí me destrozó el dolor de esa mujer que tiene un hijo guardia civil, que considera que tiene una profesión honorable, y que está ahí metido en un ataúd. Y cómo llegan los políticos, saludan a la señora que está allí hecha una pena al lado de otros parientes, y en cuestión de muy poco rato, de apenas unas horas, se produce el responso e inmediatamente después la señora se mete en un coche y vuelve a su pueblo. Lo que es la liturgia del atentado, la policía recogiendo muestras o la investigación, todo eso digamos que lo llevaba bien. Me afectaba ese factor humano en unos tiempos en que los atentados tenían una cobertura muy modesta en los periódicos y también en los informativos. Entonces no iban los ministros del interior a los funerales de casi ninguno, solamente si se trataba de alguien de alto rango.

Si cogemos las portadas de los periódicos de la época, y da igual coger el *Diario de Navarra* que coger *El País*, los atentados no generaban ese despliegue mediático tan grande que tienen ahora. Son años con casi un centenar de muertos en toda España, y sin embargo el despliegue mediático que había era muchísimo menor. Incluso de algunas víctimas apenas te sabías el nombre. Ahora cuando se comete un atentado se produce un rastreo sobre la vida de estas personas. El dolor que producen los atentados se ha expandido mucho más, se ha socializado de alguna manera.

¿A qué se debe ese cambio en la repercusión mediática y social del terrorismo?

En los años ochenta todavía había un sector de la población que no podía decir que no lamentara aquellos hechos, pero que al mismo tiempo no podía olvidarse de que esas víctimas procedían de un estamento que venía del franquismo o de estructuras poco democráticas, aunque en algunos casos se tratara de personas jovencísimas. No justificaban el atentado, pero no tenían ese sentimiento solidario.

También había otra cosa importante, el debate sobre qué conviene que hagamos los medios en la lucha antiterrorista. Es decir, ¿quién gana si hablas mucho del atentado? Es un debate que todavía no está resuelto y en el que hubo cambios. Durante unos años pensamos, equivocadamente o no, que ganaba ETA. Por tanto era mejor no dar publicidad a los terroristas y hacíamos una cobertura más discreta. Recuerdo un atentado en Navarra de un guardia civil, José Luis Ollo Ochoa, que se produjo en 1984. Tenía un Renault 10 de color claro y murió dentro del coche por una bomba lapa. La cabeza se quedó reclinada y la sangre caía por la ventanilla, dejando un rastro oscuro sobre la pintura. El cámara, probablemente buscando hacer bien su trabajo, cogió unos primeros planos de aquello. Hicimos la noticia y la mandamos al *Telediario*. Entonces llamó el director de informativos, Enric Sopena. Preguntó por el director y como no estaba me llamaron a mí. Sopena estaba muy enfadado porque decía que habíamos hecho sensacionalismo con la imagen. Me dijo que ape-

laba a la responsabilidad y que eso no lo volviésemos a hacer. Nos cayó una buena bronca a los del centro, y alguien dijo, aunque no sé si es verdad, que hasta la Reina había protestado.

Ese atentado supuso un pequeño punto de inflexión. A partir de ese momento, aunque no fuera un código escrito, teníamos más cuidado a la hora de rodar las imágenes de los atentados. Éramos más cuidadosos y nos distanciábamos más, siguiendo un poco lo que ha hecho siempre el periodismo anglosajón. En la televisión hemos tenido que aprender el lenguaje audiovisual de este tipo de acontecimientos noticiosos.

¿Y cómo continuó ese debate sobre cómo afrontar los atentados?

En realidad es un debate no resuelto. Su punto máximo de discusión llegó cuando años después, el 17 de octubre de 1991, un coche bomba mutiló en Madrid a Irene Villa y a su madre, María Jesús González. La casual cercanía de un equipo del Centro Territorial de Madrid hizo que tuviéramos las imágenes de Irene y de su madre en un verdadero baño de sangre. El atentado fue en torno a las nueve de la mañana, y provocó un debate muy profundo aquí en televisión para decidir si se daban esas imágenes o no. Estaban Pedro Piqueras, que era el editor de la primera edición del *Telediario*; la directora de informativos, María Antonia Iglesias; los redactores jefes. Yo también estaba porque trabajaba en el área de nacional. Realmente no sabíamos qué hacer. Nos parecía que era una información muy relevante, un atentado de una enorme magnitud. Y al final se optó por dar las imágenes.

Yo creo que fue una decisión correcta, pero se tomó ese día y en ese momento, rechazando nuestra propia doctrina de los últimos años de que eso era dar publicidad a ETA. Por contra, se pensó que era enseñar el dolor que causaba. Pero respecto a ETA y sus atentados hemos pensado una cosa y también la contraria. Y curiosamente aquella imagen tan debatida de Irene y de su madre, que aunque se editó y no se dio en bruto era espeluznante, ha circulado después por embajadas españolas de países donde se han refugiado habitual-

mente miembros de ETA. Por ejemplo, en Latinoamérica esa imagen se ha enseñado para crear conciencia política a la hora de favorecer extradiciones. O sea que lo que nos ha servido para una cosa nos ha servido también para la contraria, y es un debate que a día de hoy no está resuelto.

Al final se resuelve un poco sobre la marcha, aunque es verdad que, salvo excepciones, hemos ido enfriando las imágenes que se ofrecen. En parte por respeto a la víctima, que aunque ya no viva también tiene sus derechos. Y por supuesto los tiene la familia, que no tiene por qué enfrentarse de nuevo a esas imágenes que le han causado tanto dolor años después mientras ve un reportaje sobre ETA.

¿Os llegan indicaciones sobre cómo cubrir los atentados u otros sucesos desde Madrid?

Los trabajadores de los centros regionales éramos en muchos casos novatos, pero no teníamos instrucciones de los servicios centrales de Madrid. Lo que podíamos tener eran noticias que querían o que no querían. A veces ofrecías algo pero te decían que no les interesaba, o te pedían imágenes y un texto para insertarlas en una crónica más amplia. Eran noticias que se elaboraban en Madrid a partir de los materiales que tú enviabas.

¿Y teníais algún problema con Madrid a raíz de la elaboración de las noticias?

Sí, teníamos problemas de vez en cuando. En aquella época uno de los disgustos que me llevé fue cuando se aventaron las cenizas de un miembro de ETA en la sierra de Urbasa. La noticia era correcta, estaba bien escrita y montada, pero nos acusaron de haber hecho apología de ETA. Y tengo que decir que a día de hoy creo que la acusación era cierta. No fue esa la intención, pero desde el momento en que tú estás poniendo un *txistu* con el “Agur Jaunak”, de alguna manera, sin querer, estás exaltando esa figura. Yo conté la noticia exactamente igual que habría contado cualquier otra noti-

cia y utilicé las mismas herramientas. No la escribí de una manera antimilitante, porque entonces aquello tenía sus efectos.

A mí esa noticia me ha hecho reflexionar muchísimo sobre lo que es esta profesión, sobre la no inocencia de las imágenes y de las palabras. Aunque tengas una tendencia a la objetividad, a la neutralidad, y tú lo quieras contar de una manera equidistante y no partidista, hay elementos de la información que siempre se destacan. Por tanto tienes que ponerles una lupa más grande, o tienes que tomar la decisión de contarlos o no contarlos. Pero desde el momento en que lo estás contando, salvo que introduzcas calificativos para posicionarte, a lo mejor estás creando un efecto no deseado. Y he reflexionado mucho sobre el tema. Claro, ha pasado mucho tiempo y ahora soy más sabia, entonces era una periodista que lo que quería era contar las cosas. Y si no hay un jefe que te da indicaciones, pues tú lo cuentas y produce efectos en los que no habías pensado.

¿Te pasa lo mismo con las noticias sobre los atentados?

Sí, con las noticias del terrorismo pasa igual. Dudabas sobre si había que dar mucha imagen, sobre la extensión de la noticia... Siempre pensando en qué es lo peor para ETA, contarlos o ignorarlos. Pero ellos seguían matando, de hecho no parece que haya relación entre el tiempo que se dedica a las noticias sobre ETA y su crecimiento o desaparición. Además los atentados de los últimos años, quizás incluso antes del asesinato de Miguel Ángel Blanco, ya han tenido un impacto mediático tremendo. Se ha creado una liturgia de la condena social muy importante, que ha tenido su reflejo de manera masiva en los medios de comunicación.

Pero en aquellos años todo era distinto, y además no entendías el sentido de una organización terrorista en un país democrático. Sí podías entender las razones que había habido para el nacimiento de ETA durante los años finales de la dictadura, pero no que siguiese existiendo en democracia, donde cualquier partido político puede ser nacionalista y expresar sus ideas. Esto te producía tal paradoja que creías, equivocadamente o no, que lo mejor era no hablar de ese

grupo porque no tenían objetivos políticos que defender, ya que para defenderlos no hace falta matar a nadie. Entonces íbamos construyendo un poco sobre la marcha el lenguaje en esta materia.

¿Es la cobertura del terrorismo lo más importante en tu trabajo como periodista en Navarra? ¿Hay algún atentado que te marque en particular?

Yo creo que sí. Creo que el atentado que más me afectó fue el de un niño que se llamaba Alfredo Aguirre. ETA iba a por un policía y el niño estaba en ese momento en el portal de su casa. Los terroristas sabían que si mataban al policía la explosión podía afectar al niño. Y sin embargo mataron a los dos a la vez. El niño quedó totalmente destrozado por el efecto de la onda. Me acuerdo de que teníamos que mandar la noticia al *Telediario 3* porque fue casi por la noche. Esa edición la presentaba entonces Rosa Mateo. No sé dónde estaba el director del centro, pero el caso es que no había nadie que tomara decisiones y las tenía que tomar yo porque ya era la jefa de informativos. Recuerdo que un técnico de sonido se puso muy nervioso y me dijo que no soportaba que le dieran órdenes mujeres, y si eran pequeñas como yo menos todavía. Lo recuerdo porque en medio de toda aquella tensión aquel pequeño toque de machismo ya me pareció tremendo. De hecho por problemas que no recuerdo bien no conseguimos mandar la pieza al *Telediario*, mandamos los brutos de las imágenes y la información se tuvo que hacer en Madrid. El policía nacional se llamaba Francisco Miguel Sánchez y el atentado fue el 30 mayo de 1985.

Luego también vas conociendo pequeñas realidades con las que parece que se te va la careta de periodista y te quedas sólo como ciudadana y ser humano. Te marca mucho, por ejemplo, cuando conoces a alguien que figuraba en los planes de ETA para ser asesinado. Ves cómo el miedo se instala de manera permanente en esas personas. Les cambia la vida y tienen que digerir sentimientos muy negativos: el odio, la venganza... A mí me sorprende mucho que en este país no hayan pasado más cosas. Me sorprendía cómo los com-

pañeros de esos policías y guardias civiles vivían llenos de miedo en las casas cuartel. O la mansedumbre con que las mujeres de los policías que no vivían en casas cuartel lavaban los uniformes de sus maridos y los ponían a secar en la bañera. Nunca los llevaban a la tintorería o los tendían fuera por si alguien daba el chivatazo. Son cosas que te hacen reflexionar mucho. Aunque yo siempre he procurado que no me “contaminaran”, en el sentido de que no me impidieran hacer análisis social como periodista.

¿Qué apoyo tenía ETA en la sociedad navarra en aquella época?

Mucho más elevado que ahora. Había un entorno social amplio que se encuadraba en lo que se llama izquierda *abertzale*. Yo notaba, y algunas personas me lo decían claramente, que había gente que justificaba lo que pasaba. Lo justificaba por razones históricas, por el franquismo y por la represión policial que hubo entonces. Y además de justificar lo que estaba pasando, esa gente era complaciente y condescendiente. El apoyo o la condescendencia que había hacia las acciones de ETA iban mucho más allá del número de votantes de Herri Batasuna, que entonces era la marca política de ETA. Además el entorno *abertzale* se sintió más amenazado cuando Navarra se configuró como una comunidad independiente del País Vasco. Eso hace que el *abertzale* navarro sea mucho más radical, al menos en el marco teórico, que el *abertzale* vasco.

Pero ese apoyo va disminuyendo con el paso de los años.

Sí, yo he visto el momento en el que mucha gente que podía ser más o menos condescendiente con Batasuna o con ETA se ha ido separando de ellos. Sobre todo se ha ido separando en la justificación de la violencia. Recuerdo lo mal que lo pasaba Patxi Zabaleta, que fue parlamentario de Herri Batasuna pero después se separó. Era gente que lo pasaba mal porque además se iba quedando aislada. Ya no les quería nadie.

Toda la gente de ese entorno, que ahora tendría su correspondencia en Aralar, yo creo que fue muy valiente. Como creo que fue muy

valiente la gente de Gesto por la Paz, porque era gente pacífica que nunca ponía una palabra o un calificativo de más en sus pancartas. Sólo pedían la paz. Daba lástima ver cómo se reunían en la Plaza del Ayuntamiento cada vez que había una acción violenta. Estaban más solos que la una.

Te iba a preguntar precisamente por el apoyo que hay hacia las víctimas del terrorismo y en contra de ETA. ¿Son todas las iniciativas tan minoritarias como la de Gesto por la Paz?

Sí, el fenómeno social de salir a la calle contra ETA ha sido muy posterior. Entonces estaban, o así lo recuerdo, los ultras que iban a insultar a los cargos socialistas, porque en los años en los que yo estoy trabajando en Navarra en la administración central está el PSOE. Con “ultras” me refiero a gente de ideología muy conservadora. Además deducías, sin mucho riesgo de equivocarte, que era gente a la que le gustaba la democracia lo justo, y que creían que la democracia había fomentado el terrorismo de ETA. Era esa gente la que estaba condenando los atentados al mismo tiempo que insultaba a los miembros de la administración cuando acudían a los funerales o a las capillas ardientes. Eran pocos pero gritaban mucho. Para acabar con los atentados pedían la pena de muerte o el estado de excepción para Navarra y País Vasco. Acudían puntualmente al lugar en el que se celebrara el funeral y salían en los periódicos y en la televisión.

Luego había mucha gente que, estando en contra de los atentados, no se posicionaba ni se manifestaba. Esa gente normalmente se quedaba en su casa, para qué lo vamos a decir de otra manera. Hoy en día cuando hay una concentración a las doce del mediodía todos bajamos a la calle, ya sea en la puerta de nuestra empresa o del ayuntamiento. Pero en aquel entonces, cuando mataron a Enrique Casas por ejemplo, no había nadie a las doce del mediodía en la plaza del Ayuntamiento. Y era un atentado importante. Ya se convocaban concentraciones, pero todavía no había inercias suficientes para que la gente fuera.

¿Y cuándo nació Gesto por la Paz?

En la segunda mitad de los años ochenta. Era una asociación minoritaria, con pocos miembros. A Gesto por la Paz les insultaban de un lado y de otro. Para unos eran fascistas y para otros cobardes. Pero ellos estaban allí y a mí me merecían mucho respeto, porque los veía muy abandonados. Normalmente se reunían por la tarde, y eran apenas una veintena. Además daban la cara, no se oponían. A eso se suma que lo hacían todo al margen de los partidos políticos, no estaban vinculados a ningún partido.

¿Y qué visibilidad tiene una asociación como Gesto por la Paz? Es decir, ¿aparece en los medios que hay diez o quince personas manifestándose contra ETA?

Sí aparecía, pero muy brevemente porque había poca gente. No se reflexionaba más allá. Contabas la concentración pero no entrabas a valorar.

¿Existe en esa época el uso partidista del terrorismo?

Yo creo que la inmensa mayoría se mantenía al margen. Sólo se posicionaban los más radicales, tanto del lado conservador como del lado *abertzale*. Además nadie quería que le confundieran. De alguna manera eso se ha vuelto después mucho más flexible también. Ahora en las manifestaciones de repulsa nadie piensa si el que tiene al lado es una persona progresista o conservadora, si es del Partido Socialista o del Partido Popular. Los políticos se retratan juntos en la pancarta y la gente se va mezclando detrás. Pero en aquel entonces los políticos no se retrataban, a los funerales sólo iban las representaciones oficiales. No había esa obligación de convocar una manifestación de condena cada vez que se producía un atentado. No había esas liturgias que posteriormente han surgido.

Me gustaría preguntarte por el terrorismo de Estado, conocido también como guerra sucia. ¿Qué presencia tiene en Navarra?

En Navarra hubo algún caso de lo que se llamó guerra sucia. El más llamativo fue el de Mikel Zabalza, detenido por su presunta vinculación con ETA. Mientras Zabalza estaba durmiendo con su novia una noche, se lo llevaron y desapareció. Hasta que días más tarde apareció ahogado en Endarlaza, que era Navarra. A Zabalza lo secuestran en Guipúzcoa y el cadáver aparece en Navarra. Y es cuando el caso, que era cosa de la Comunidad Autónoma Vasca, empieza a tener incidencia y un tratamiento más masivo en los medios de comunicación de Navarra.

¿Zabalza era navarro?

Era de Orbaizeta, un pueblo de Navarra. Cuando Zabalza desapareció la familia empezó a hacer una campaña particular, iba a los medios de comunicación. Una señora mayor, creo que era la madre, vino a Tele Navarra para decir que su hijo no era de ETA. Ellos decían: “Miguel Mari no es de ETA, qué ha pasado, dónde está, que lo suelte quien lo haya detenido porque mi hijo no es de ETA”.

Cuando apareció el cadáver se difundió la versión oficial de que Zabalza huyó esposado y se tiró al agua mientras estaban tratando de que identificara una serie de cosas, un escondite o un zulo. Fue de esas veces en las que tienes la sospecha de que ese chico se les ha muerto por lo que fuera, por un fallo cardíaco o por prácticas abusivas. Pero no tenías las pruebas para contarlos. En aquel momento el Delegado del Gobierno en Navarra era Luis Roldán. Recuerdo que dio una rueda de prensa sobre otro tema y cuando acabó hizo un comentario que nos dejó impresionados a todos los periodistas que lo estábamos escuchando. No lo recuerdo exactamente, pero fue algo así como: “Madre mía, qué habrán hecho estos de Intxaurrondo”. Ese comentario nos hizo pensar a los periodistas que estábamos allí que había dudas razonables sobre lo ocurrido. Claro, era un tema que al principio no afectaba a Roldán. Pero cuando apareció el cuerpo de Zabalza en Navarra, ya era el Delegado del Gobierno en Navarra el

que tenía que dar la cara. Y frente a aquel comentario que hizo, la versión como Delegado del Gobierno era totalmente distinta. En una rueda de prensa hice una pregunta un poco comprometida sobre el caso Zabalza, y Roldán me dijo que esa pregunta era más propia de *Egin*. O sea, más propia de *Egin* que de Televisión Española. Digamos que me regañó por hacer esa pregunta.

Yo lo pasé mal porque tenía la impresión de que no estábamos informando de una manera totalmente correcta. Pero nunca hemos sabido con certeza lo que ocurrió. Era muy complicado, porque si querías informar de lo que estaba diciendo la familia de Zabalza, o decir cosas tan elementales como que Miguel Mari Zabalza nunca había tenido nada que ver con ETA, te estabas poniendo en el lado de los malos, por así decirlo. Y tú estabas ahí con la sensación de que no podías informar bien, y que si creías que estabas informando bien a lo mejor lo que estabas fomentando, o eso decían, era el terrorismo. Manejar todo eso era extraordinariamente difícil. Yo recuerdo aquellos días del caso Zabalza como los peores que he pasado. Te haces planteamientos éticos y deontológicos, porque sientes que trabajas en un medio que es particularmente sensible. Todo lo que cuentas va a tener una influencia y un impacto. Y no ves la manera de conciliar tus criterios éticos profesionales con las sospechas que tienes y lo que piensas como ciudadano.

¿Se podía informar libremente de esas sospechas?

Se dijo que todo aquello era sospechoso. Habría que rescatar las informaciones de entonces, pero yo creo que de alguna manera quedaba claro, lo hiciera yo o lo hiciera otro. Yo no era la única que informó sobre el tema. Se decía, pero también es verdad que se le ponía sordina a las sospechas en nombre de la lucha antiterrorista. Igual que *Egin* ponía sordina a las declaraciones que podía hacer el entorno del Ministerio de Interior. El despliegue era de signo contrario. Y traían a sus propios expertos tratando de demostrar que a Zabalza se le hizo la bañera, cosas que luego nunca pudieron ser probadas. Creo que cada uno se quedó con la idea que le convenía.

Incluso habrá mucha gente que siga pensando que Zabalza tenía que ver con ETA, lo que resultó ser rotundamente falso. Son cosas en las que cada uno quiere creer lo que más se ajusta a su conciencia, a su moral y a su forma de pensar.

¿Tenías algún tipo de relación con Luis Roldán?

Sí. Pese a las fricciones derivadas del caso Zabalza, todos los periodistas que estábamos allí teníamos relación con Roldán. Además él tenía muy buena relación con los periodistas que cubrían la información de interior, que no era solamente terrorismo, sino que podían ser temas de droga, delincuencia común, etcétera. Se quedaba hablando con nosotros cuando acababan las ruedas de prensa. Y me acuerdo de que tenía un gran aprecio a un excelente periodista de *Egin*, Josetxo Arrieta. Además he de decir que cuando Luis Roldán se vino a Madrid como Director General de la Guardia Civil fue una de mis grandes fuentes informativas. Yo estaba entonces en nacional y tuve información muy precisa y certera gracias a Roldán. A lo mejor la fuente directa no era él, pero me decía con quién tenía que hablar y se me abrían puertas. Roldán tuvo aquí en Madrid una relación muy buena con los periodistas que veníamos de Navarra.

No sé si esto debería de decirlo o no, pero cuando se produjo la caída de la cúpula de ETA en Bidart, mandó que me avisaran. No me dijo qué iba a pasar, pero como era fin de semana quiso que estuviera prevenida y gracias a eso la televisión pudo reaccionar muy bien. Durante la etapa de Roldán en la guardia civil tuve unas fuentes muy buenas. Me permitían verificar la información y atribuírsela a una fuente verosímil.

¿Y cómo viviste todo lo que pasó después con Roldán?

Yo me llevé un disgusto horroroso, lo recuerdo con muchísimo dolor. Es más, deseaba y quería pensar que era todo una intoxicación, que es lo que él contaba. Roldán iba contando a la prensa que conocía que todo era una intoxicación de Emilio Alonso Manglano, entonces director del CESID, y de Rafael Vera. Roldán decía que

estaban celosos de los éxitos de la guardia civil en la lucha antiterrorista y que todo formaba parte de las rivalidades que había entre ellos. Yo le creí, como le creyó mucha más gente con la que luego lo he comentado. Y nos hemos reído casi con una mueca de amargura. Incluso cuando empezaron a salir las informaciones en *Diario 16* sobre su patrimonio, muchas de ellas hechas por un espléndido periodista, José María Irujo, yo no dudaba de lo que sacaba José María, pero pensaba que le podían estar intoxicando.

Cuando finalmente aparecieron los fondos reservados y todo lo demás yo me quedé muy tocada. Sentí una gran decepción con todos los casos de corrupción que salpicaron al PSOE, pero en el caso de Roldán yo incluso le defendía. Es más, te puedo contar una anécdota: Roldán reunió a un grupo de periodistas de Navarra, les sentó y les dijo: “Están montando una campaña muy gorda contra mí”. Después sacó sus declaraciones de Hacienda y las puso encima de la mesa. Y todos los periodistas salieron aquel día de la Dirección General de la Guardia Civil convencidos de que todo formaba parte de una campaña fomentada por sus propios compañeros gubernamentales. Y, obviamente, aquellas declaraciones de Hacienda no probaban nada.

No me arrepiento de aquella inocencia. Yo creí en la honradez. Ahora que ha pasado tanto tiempo creo que me alegro, aunque hubo quien me quiso perjudicar por ello. Incluso pedí una rectificación, porque en uno de los libros que salieron sobre Roldán salía mi nombre y que yo iba a los toros con él. Llamé al autor y le dije que eso no era verdad. El autor me dijo que se lo habían contado y yo contesté que por qué no me llamó a mí para corroborarlo. Lo entendió y en la segunda edición del libro la cita desapareció. Pero muchos años después un día me encontré en los ascensores del trabajo la primera edición y estaba subrayado mi nombre. Aquí, en Televisión Española, estoy hablando del año 2001 o 2002. Aquello tenía un afán claramente injurioso y difamatorio, de vincularme con una de las personas que han pasado a la historia de la corrupción económica de este país. Con lo cual yo con todo aquello sufrí muchísimo.

No hemos hablado de cómo se cubrían desde el centro las distintas citas electorales. ¿Hay tensiones propias de la comunidad?

No, no se viven con tensión. Sobre todo recuerdo las elecciones como una época divertida. Desde el punto de vista informativo porque cambiabas tus rutinas y te desplazabas. Ibas a mítines en diferentes localidades de Navarra. Había un pacto de rodaje con una compensación económica, porque te cambiaban los horarios y trabajabas muchas más horas. Además las elecciones también han tenido y tienen su proceso: los mítines durante la campaña, la jornada electoral, el recuento de los datos y las reacciones posteriores.

La única tensión política importante que recuerdo fue con el referéndum de la OTAN. El referéndum, como todos sabemos, fue una apuesta muy importante del gobierno socialista. Y probablemente uno de sus mayores giros copernicanos. Se pasó de “OTAN de entrada no” al compromiso de Felipe González para hacer un referéndum. Él ya no dijo que no, sino que lo propuso por razones de Estado, de respeto internacional y de democratización del ejército. Aquello de alguna manera fue duro incluso para su electorado, porque pasaron de ir detrás de las pancartas en las marchas a Torrejón a plantearse lo que tenían que hacer como votantes socialistas.

Navarra fue una de las comunidades donde salió “No”, y creo que en el País Vasco también. Pero el “Sí” triunfó mayoritariamente. El referéndum fue una de las veces que recuerdo en que nos han dicho cómo teníamos que informar. Nos dijeron que no habláramos de OTAN, sino de Alianza Atlántica. No sé por qué el término era menos peyorativo, pero nos sugirieron desde Madrid que habláramos de la Alianza Atlántica o de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Parecía que la palabra OTAN era más antipática a la vista y al oído del electorado. Cuando en Navarra salió el “No” la gente lo celebró. Yo pensaba que aquello era un poco absurdo, lo estaban celebrando como si ese “No” afectara al conjunto del país. Y no era así. Aquella campaña electoral sí fue tensa.

¿Y en el resto de citas no había presiones?

No recuerdo nada especial. En la mayoría de los años que yo estuve en Navarra el presidente era Gabriel Urralburu, del PSOE. Es decir, había coincidencia entre el signo político de la administración autonómica y el signo político de la administración central. Eso probablemente nos ayudó a no estar en una especie de fuego cruzado. La situación es más compleja, y lo sé por la experiencia de compañeros míos en otros centros territoriales, cuando sientes que la televisión tiene que servir a dos señores. Y la administración autonómica es de un signo, y la administración central es de otro.

Aun así hay un hecho sobre el que yo he reflexionado mucho posteriormente, cuando ya tenía una edad para reflexionar. Me refiero a la connivencia. A lo difícil que es evitar la connivencia entre los periodistas y los grupos sociales representativos de una comunidad. Y no hablo de connivencia política, es que es difícil evitar también la connivencia con las Mujeres Feministas de Navarra o con Cruz Roja. Es casi imposible evitar esa connivencia aunque quieras ser el periodista más honrado e independiente del mundo y tu empresa te dé los mecanismos para ello.

¿Pero cómo se crea esa connivencia?

Conforme vas siendo mejor periodista y vas teniendo mejores fuentes, esas fuentes siempre te piden algo a cambio. Pero no te lo piden de manera torticera o chantajista, sino que se van creando buenas relaciones. Si las buenas relaciones son con la Delegación del Gobierno, ellos te avisan cuando va a pasar algo para que puedas anticiparte y cubrir bien la noticia. Pero en otra ocasión te pueden llamar para ver cómo vas a contar algo que les afecta. Y aunque no te lo digan directamente, te están influyendo para que cuentes las cosas de una determinada manera. Y si defraudas a esas personas que te han ayudado a hacer buena información, el grifo de la fuente se seca.

Pasa tanto con los grupos sociales como con los políticos. Y conforme te ayudan a hacer tu trabajo, en un momento determinado, sin

saber cuándo ni por qué, puedes ser prisionero de esa fuente. Y es muy difícil que si esa fuente te pide un favor no se lo concedas, salvo que roce con tu objeción de conciencia y con tus principios básicos. Y la connivencia entre el periodista y los grupos sociales o políticos de una comunidad es mayor cuanto más pequeña sea esa comunidad. Porque te conoces, te han hecho favores y te han dado a ti una noticia para que te marques el tanto. Y al mismo tiempo que vas siendo mejor periodista, también vas acumulando lastre de ciertas dependencias. Es extraordinariamente difícil trabajar de una manera independiente, y se producen muchas situaciones de incomodidad. Es un tema que me ha llevado a pensar mucho en lo difícil que es ser honrado al cien por cien cuando trabajas en un sitio pequeño.

¿En qué año ascendiste a jefa de informativos?

El ascenso fue en 1984. José María Esteban se marchó como jefe de informativos al centro de Castilla y León, que era un centro grande y pluriprovincial. Fruto de aquello me ofrecieron el puesto a mí. No sé por qué el director del centro pensó en mí, yo desde luego no lo pedí. José María y yo teníamos una relación muy buena y se mantiene hasta el día de hoy. Por eso creo que de alguna manera él contaba conmigo, yo era su segunda sin ser su segunda. Me llamaba “Veneno”, no me preguntes por qué. Así que probablemente el director se dirigía a mí de manera bastante natural porque José María me tenía a su lado.

Me quedé con el puesto y lo viví con esa naturalidad, no tenía ni treinta años. Hoy pienso si aquello no era un disparate. Ahora nos quejamos muchas veces del rejuvenecimiento quirúrgico que fruto de los ERE tienen algunas empresas como Televisión Española, donde de pronto desaparece una generación. Pero en los centros regionales todos los que hacíamos oposiciones éramos gente joven dispuesta a cambiar de ciudad porque quería encontrar trabajo. Todos éramos extraordinariamente jóvenes. Llegábamos con veintitrés o veinticuatro años, y no sé si un jefe de informativos que ni siquiera ha cumplido los treinta era la mejor opción. José María era

algo mayor, cuatro o cinco años, y aun así era un hombre muy joven. Pero cuando estás empezando te parece que son muchos años, porque tiene más experiencia y en los comienzos se nota. Yo era jovencísima e indudablemente mucho peor periodista. También era más irresponsable que ahora. Los años no pasan en balde y normalmente pasan para bien.

¿Cuáles son tus funciones como jefa de informativos?

Mi función principal es sacar un informativo todos los días. Aunque a pequeña escala, es lo mismo que se hace en Madrid para sacar un *Telediario*. Trabajas a dos velocidades. Llegas a las nueve de la mañana a la redacción con una serie de noticias encargadas y una agenda prevista, una serie de reportajes que ya están hechos y una serie de minutos que están en blanco. Sabes que esos minutos se van a ir llenando con lo que pasa a lo largo de la jornada o de las últimas horas. Entonces tienes que organizar el trabajo, tanto de los equipos como de los redactores. José María Esteban me dio grandes consejos cuando se fue. Me acuerdo de que me puso un folio en blanco y me decía: “Empecemos por abajo, porque seguro que siempre tienes algo para cerrar, porque hay una fiesta o una exposición”. Él me enseñó a hacerlo de abajo a arriba. Luego me decía: “Después deportes. Tú ya sabes que los deportes tienen como mínimo cinco minutos y como máximo diez. Luego tienes que pensar en la apertura y en los sumarios”. La verdad es que José María me dio mucha tranquilidad, porque se me quitó el pánico escénico que sentía cuando él se fue.

Él tenía más experiencia y veteranía que yo, y en cierto modo me hizo la ecuación a la inversa. Se me han quedado varios tics, como empezar por el final incluso al leer los periódicos. Creo que tiene algo que ver con la manera en la que a mí José María me enseñó a construir las escaletas de los informativos. Pero me dio mucha seguridad. Consistía en eso, ordenar las noticias, encargarlas, corregirlas y hacer las que me tocaban. Yo también hacía noticias. No me permitía el lujo de ser una mera correctora del trabajo de los demás.

Además siempre me ha gustado mucho. Eso lo he llevado siempre hasta el día de hoy y seguiré así. No soporto el despacho. Necesito hacer información. Lo que he aprendido y lo que me han enseñado ha sido periodismo, no a hacer gestión. Y a mí lo que realmente me gusta es escribir, o correr cuando estaba en el *Telediario* y ver cómo se dispara la adrenalina. Nunca he entendido por qué hay gente que en cuanto llega a jefe se mete en el despacho y cree que ya se ha liberado de la carga de cubrir noticias. A mí me ha pasado siempre al revés, lo que me ha parecido una carga es la gestión humana y de medios.

¿Cuántas mujeres trabajaban en el centro?

Pocas, había muchos más hombres. Y por supuesto todas las categorías técnicas eran masculinas. La incorporación de las mujeres a categorías como realización o cámara fue posterior, yo la he vivido. Cuando empecé a trabajar en el centro éramos muy pocas mujeres. Luego, en una ampliación de plantilla que hubo, ya se incorporaron otras redactoras.

Yo creo que si te pones a mirar en panorámica la historia de este país, hay cosas que pasan a la vez. Ves cómo se va feminizando el Congreso de los Diputados, las redacciones, las plantillas... Y a un ritmo más lento las cúpulas directivas. Aunque ahí todavía está lo que llamamos el techo de cristal, que yo creo que es absolutamente cierto.

Una de tus señas de identidad como periodista son los reportajes de carácter cultural. ¿Ese interés por los temas culturales surge en la etapa de Navarra?

Siempre me han gustado mucho los temas que tienen que ver con la cultura y también con lo antropológico y lo social. Por ejemplo la brujería en Navarra, un tema que siempre me interesó y que allí tuvo un impacto importante. Además estaba la figura maravillosa de Caro Baroja, que pasaba temporadas en su casa de Vera de Bidasoa y al que entrevisté en alguna ocasión. Todos esos temas me gus-

taban mucho. O por ejemplo los sanfermines, tratados desde el punto de vista de las entrañas, porque empezaron como meras ferias de ganado. O abordar si San Fermín es un santo que existió o no. Ese tipo de temas, o los temas culturales que tenían que ver con el cine, siempre me han gustado mucho.

Cuando vine a Madrid a finales de 1988 entré enseguida en el área de nacional, sin contar una pequeña etapa que estuve con Jesús Hermida en la edición del *Telediario 2*. El área de nacional es esencialmente política, así que me pasé muchos años haciendo sólo información política. Cuando el Partido Popular ganó las elecciones de 1996 me cesaron como jefa del área de nacional y pasé a *Informe semanal*. Dejé de hacer información política y derivé mucho por los temas culturales, ya que para mí era muy cómodo hacerlos y así no iba a tener ningún tipo de problema. Si trabajas sobre Almodóvar o sobre el camino de Santiago no chocas, así de claro. Con lo cual encontré ahí un refugio importante en el que me acomodé. Pero al margen de eso siempre me han gustado mucho, porque te ayuda a entender muchas cosas y es como estar estudiando permanentemente. Navarra es una comunidad muy rica en cuestiones de tipo antropológico, tengo muchos libros que iba comparando para hacer los reportajes. La verdad es que mi campo de conocimiento se amplió muchísimo.

Mientras trabajas en Navarra, ¿haces vida entre Pamplona y Madrid?

Al principio sí, pero después lo fui dejando porque era agotador. El tren tardaba mucho más que ahora. Y en coche, cuando nos poníamos de acuerdo varios para subir y bajar, también era pesadísimo. Además al principio vienes porque todas tus referencias están en Madrid. Pero luego, o bien porque estás de guardia y te tienes que quedar, o porque te has echado una buena amiga en la SER y te invita a su casa, decides que ese fin de semana ya no vienes. Y llegó un momento en que lo que me costaba trabajo era venir a Madrid.

Cada vez tenía menos motivos para venir a Madrid y más motivos para quedarme en Pamplona.

Supongo que ese momento coincide con que ya haces amistades en Pamplona.

Claro, ahí hice mis mejores amigos, los que sigues manteniendo. Es cuando empiezas a tener las cosas claras en la vida, sobre lo que eres y lo que piensas. Empiezas a tener nuevas aficiones, nuevos amigos. Y es verdad que cerré una parte de mi vida que me ha hecho perder a mucha gente, porque me alejé circunstancialmente de ella al estar un periodo tan grande en Navarra. Allí creé unos vínculos muy sólidos en todos los sentidos. Digamos que ya me quedé con esa gente para siempre, esa gente sí me la he traído a Madrid. Pero en aquellos años de Pamplona de alguna manera pegué un giro y dejé atrás muchas cosas: la facultad, los trabajos anteriores, muchísimas cosas.

¿Cambia mucho el centro durante el período que estás allí, de 1982 a 1988?

El centro cambia para bien porque crece. También porque vamos aprendiendo cómo hacer las cosas. Íbamos mejorando las grandes coberturas, sean los sanfermines o sean actos especiales como la visita de los Reyes a Navarra. Yo viví todo lo bueno de los centros regionales: el crecimiento como seres humanos, el crecimiento como profesionales de la televisión y la aceptación de la gente, que sentía que entrabas en el cuarto de estar de su casa todos los días un rato. No había ni los rigores ni los problemas presupuestarios que hay ahora.

Luego los centros regionales vivieron cierto declive y su sustitución en términos de influencia social por los terceros canales. Eso ya no lo viví, con lo cual siempre pienso en la suerte que he tenido, porque he vivido lo mejor. Éramos jóvenes, sin cargas familiares y nos gastábamos el dinero en vivir y en pasárnoslo bien. Y todavía había pocas rivalidades. Los centros tuvieron derivaciones propias

de una aldea pequeña, que yo ya he visto desde fuera con lo que me han ido contando las personas que se han quedado y que llevan veinte o veinticinco años en ellos. Con lo cual creo que incluso tengo una imagen idealizada de aquellos años. Mi mirada personal no coincide con el escepticismo, la acomodación e incluso la amargura que destilan algunas personas que estaban conmigo allí y que todavía continúan.

¿Son los años decisivos para tu formación?

Yo creo que sí. El centro era pequeño y precario en medios, aunque entonces había menos precariedad de la que puede haber ahora. Además había una gran ubicuidad, podías hacer un directo, una información de una clase o una información de otra. Al final no te conviertes en una especie de director de orquesta, sino de músico que sabe tocar casi todos los instrumentos. A lo mejor desafina de vez en cuando, pero practicas y aprendes todas las técnicas. Yo me di cuenta de eso cuando llegué con todos mis complejos a Madrid, porque pensaba que los de Madrid eran muy listos y se iba a notar mucho que yo era la paleta de Pamplona. Pero enseguida me di cuenta de que no, de que esa formación que había recibido no era una formación mala y estaba entre iguales. Sí, yo creo que aquellos fueron los años claves en mi formación.

REGRESO A MADRID. LOS INFORMATIVOS Y EL ÁREA DE NACIONAL. SUBDIRECCIÓN DE *INFORME SEMANAL*

¿Por qué decides volver a Madrid?

Porque me lo propone Julio de Benito, que entonces era director de informativos. La directora general era Pilar Miró, que se opuso aunque probablemente no sabía quién era yo. Me vine porque mi vida personal también podía pasar en aquel momento por Madrid. Ya estaba empezando a dar por cumplida la información de proximidad, porque me ofrecieron la dirección del Centro Regional de La Rioja y dije que no. No me apetecía. En lo personal me alejaba de las personas con las que quería estar, y en lo profesional me parecía que no aportaba nada. Era un centro aún más pequeño que el de Navarra.

Llegas a Madrid en diciembre de 1988, coincidiendo con la huelga del día 14.

No me planteé si hacía huelga o no, porque tuve que hacer servicios mínimos. Me acuerdo de que había un despliegue muy grande, se hizo una cobertura enorme. A Arturo Pérez Reverte, que estaba a un metro de distancia de mi mesa, le tocó irse a El Corte Inglés porque había piquetes. Aquella huelga fue un éxito. A mí me dijeron que hiciera la crónica aérea. Había un helicóptero que alquilaba Televisión Española con tres horas de combustible para sobrevolar Madrid, y luego se hacía una crónica con ese material. A mí, que me daban miedo los aviones, lo del helicóptero me pareció demasiado, pero tuve que hacerlo porque era la primera noticia importante que me encargaban. Así que me subí al helicóptero, pensando que iba a ser lo último que hacía en esta vida. Pero todo fue a la per-

fección. Cuando llevaba una hora arriba incluso pensé en abrir la puerta para que no se vieran las ralladuras del cristal en la imagen. Lo que más me asustó fue el aterrizaje bordeando el Pirulí. Me bajé tan contenta y así me estrené en los *Telediaros* con mi primera crónica.

¿Cuál fue tu primera impresión de Madrid a nivel laboral?

Enseguida se me quitó el miedo y vi que todo era muy parecido. Lo único que cambiaba era la dosis. No me parecieron más listos, ni que se hiciera mejor periodismo en Madrid. Lo que sí me abrumaba era la cantidad de medios. Todavía era una televisión de monopolio en la que todo era posible. Se hacía periodismo sin pensar en si te podías permitir ese coste. Era una empresa muy importante y nada inocente.

También percibí enseguida que la televisión era el objeto de deseo de los partidos políticos. Supe lo que era el valor añadido de trabajar en la televisión frente a lo que es trabajar en un periódico, y por qué no se podían contar en la televisión las mismas cosas que veías en el periódico. La televisión tiene un grado de responsabilidad extra porque a través de ella se informa a mucha gente que no lee el periódico.

¿Qué puesto ocupaste a tu llegada?

Vine como adjunta del área de nacional, pero estuve muy poco tiempo. Jesús Hermida estaba de vuelta en la televisión, necesitaba un adjunto a la edición y pasé casi un año en el *Telediario 2*. El puesto era un lujo, con horario de una de la tarde a nueve de la noche. Aquellos meses fui muy feliz, porque siempre he dicho que no hay nada mejor en esta vida que ser el segundo de un buen primero. Me llevaba bien con Hermida, yo era muy nerviosa y me gustaba estar al tanto de todo. Sugería cosas pero las decisiones finales las tomaba el editor, por lo que estaba siempre muy relajada.

Tras esos meses en el Telediario, ¿qué puesto ocupas?

Después de aquello volví a nacional como jefa de área. Jordi García Candau era el nuevo director general y nombraron como directora de informativos a María Antonia Iglesias. Ella hizo movimientos en varias áreas y necesitaba un jefe para nacional. Se lo propone a gente de dentro y fuera de la casa y todos le dicen que no. Luis Mariñas le habló bien de mí. También sé que dieron buenas referencias otras personas, como Amalia Sánchez Sampedro. Pero de todo eso me enteré mucho después. María Antonia Iglesias me llamó y me ofreció ser jefa de nacional y le dije que sí. Me dijo: “No te conozco de nada, pero espero que lo hagas tan bien como dicen que lo vas a hacer”. Ese era el lado áspero de María Antonia, pero luego tiene un lado muy cariñoso.

El puesto era una trituradora, se trabajaba muchísimo. Exigía muchísimas horas, y es un área donde los errores se pagan carísimos. La lupa que tiene el área de nacional es enorme, por la información política, parlamentaria, judicial y de las altas instituciones del Estado. Es un área muy difícil, donde te llevas más disgustos que satisfacciones. No me extraña que fuera un puesto que no quería nadie. Creo que siempre he tenido un lado inconsciente y yo no lo veía así, lo veía como una oportunidad y nada más. Lo curioso es que me lo pasé bien y me tocó vivir detenciones como la de Roldán o Rafael Vera, informaciones en las que se estaba jugando el pellejo la gente que te lo contaba. Dimos noticias muy importantes incluso antes de que salieran por el teletipo. Hubo momentos muy complicados, pero aun así debo cicatrizar bien porque no lo recuerdo como una época mala.

¿Cómo están estructurados los servicios informativos y los Telediaros?

En aquel entonces no funcionaban como ahora, hay muchos elementos comunes pero ahora se ha aligerado el proceso. Estaban las tres ediciones del *Telediario* con su “personalidad”. Hay editores que imponen mucho más su personalidad que otros. Jesús Hermida, por

ejemplo, es un editor con una personalidad profunda y eso se nota. Hay otros editores que son en ese sentido más planos, por así decirlo.

Por un lado están las ediciones, y por otro están las áreas que suministran noticias para todas las ediciones. Una edición puede encargarle una noticia a un área, y el área la realiza en exclusiva para esa edición. Pero en el noventa por ciento de los casos las áreas no funcionan por encargo. Las áreas tienen iniciativa propia y están cubriendo la agenda informativa, las ruedas de prensa o las noticias imprevistas que se producen. El área, aunque los teletipos van llegando simultáneamente a las ediciones, va a ofrecer esas noticias a la edición. Normalmente se funciona con una cierta complicidad. Hay épocas en las que las áreas son más valoradas que otras, y también hay épocas en que las ediciones imponen más sus criterios. Si el jefe de área es respetado y goza de credibilidad, las ediciones se fian y le compran todo.

El trabajo de las ediciones consiste en seleccionar y ordenar las noticias que les ofrecen. Siempre hay una reunión antes de que la edición se ponga a trabajar. Mientras está funcionando el *Telediario 1*, la edición del *Telediario 2* se reúne en torno a la una de la tarde. Y a esa hora los jefes de área, o las personas designadas por ellos, van y vuelcan las noticias que hay. Aunque algunas cosas ya las saben las ediciones, las áreas tienen la obligación de suministrar contenidos. Y las ediciones compran, rechazan, valoran y ordenan. Deciden si abren con una cosa o si abren con otra. Es una especie de mercado de la noticia, donde dependiendo de tu grado de complicidad y predicamento, te compran más o te compran menos.

¿Cuáles eran tus funciones como jefa de área?

Fundamentalmente suministrar información a las tres ediciones del *Telediario*. Esta información la suministrabas en tres reuniones: una por la mañana a las nueve, a la que a veces iba yo y a veces el adjunto; la segunda era sobre la una de la tarde y siempre iba yo; para la edición de la noche, que era menos importante, a veces quedábamos en enviar lo que surgiera.

Esa información que suministraba siempre la valoraba. Podía decir: “Como no deis esta noticia os vais a arrepentir”. Es presuntuoso decirlo, pero me equivocaba muy pocas veces. Yo me sentí muy respetada por las ediciones, hacían caso a lo que les decía. Era importante ser muy rápido valorando, escribiendo, corrigiendo y editando. Trabajé para editores como Pedro Piqueras, José Antonio Martínez Soler o Jesús Hermida, que siempre se fiaron de mí. Me gustaba mucho ese juego y anticiparme a los periódicos.

¿Cuántas áreas hay?

Están el área de nacional, internacional, economía, cultura, deportes y sociedad. Esta última es muy importante, porque cuando hablamos de sociedad nos referimos a todo lo que tiene que ver con la educación, la sanidad, los sucesos... El área de sociedad es enorme, suele ser casi siempre más grande que el área de nacional. Y luego adscritas o no a estas áreas hay pequeños departamentos, como el llamado institucional, que hace la información que tiene que ver con Zarzuela. Ahora también hay un equipo de investigación, que normalmente está adscrito al área de nacional pero goza de cierta autonomía.

A nivel de producción, ¿cada área cuenta con un personal cerrado, es un núcleo autónomo de producción?

No, el núcleo cerrado lo constituyen los redactores adscritos a esa área. Los cámaras te los asignan en cada momento y la producción también es común. Producción es como otra gran isla que hay en los *Telediarios* en turnos de mañana, tarde y noche. El área de nacional le pide cosas a producción según sus necesidades. A veces es la propia producción la que te pregunta si vas a necesitar algo. Normalmente, si las cosas funcionan bien y los profesionales son buenos, hay vasos comunicantes, hay complicidad.

¿No hay técnicos con ocupaciones fijas?

Hay cámaras específicos para la información de la Casa Real y normalmente también para la de Moncloa. Y explico por qué: no se trata de un nepotismo ni de que vayan los mejores. De hecho no se quedan siempre los mismos y a veces rotan. Tiene que ver con la seguridad y la forma de trabajar con noticias de la Casa Real. Donde hay mucha seguridad y muchos escoltas viene bien que los cámaras sean siempre los mismos porque los conocen y confían en ellos. También es por corrección, porque no se corre el riesgo de que tengan un comportamiento inadecuado.

Y en cuanto a las áreas, ¿hay algún consejo de redacción que acuerde la agenda del día de lo que va a aparecer en los Telediarrios?

No, la agenda la va haciendo el jefe de área. Yo hacía la agenda cuando estaba en nacional. Muchas noches me quedaba un rato cuando ya había acabado el *Telediario* para llamar por teléfono a la gente y comprobar posibles temas del día siguiente. Cuando me iba a mi casa a las diez de la noche ya sabía lo que iba a ofrecer en la primera reunión de la mañana.

Te lo preguntaba por si las áreas se coordinan entre ellas para saber las necesidades de producción de cada una.

No, es la ley del más fuerte. Yo pedía lo que necesitaba y los otros hacían exactamente igual. Sólo te coordinabas con las otras áreas si había contenidos fronterizos, por ejemplo una rueda de prensa del Ministro de Economía. Cuando las cosas iban razonablemente bien preguntabas para no encontrarte con dos redactores, uno de nacional y otro de economía, en la misma rueda de prensa. Normalmente no había un área más importante que otra. Si por cuestiones de producción había que descartar algo, esa decisión la tomaba edición o dirección de informativos.

Normalmente se producía un fenómeno curioso en el minutado de un *Telediario*. Al menos cuando estaba yo, y creo que ahora sigue

pasando. El minutado que se hace a las diez de la mañana es el minutado ideal. Empiezas por lo más importante, sea nacional o internacional, y después vas contando las noticias por bloques. Intentas que unas noticias estén hiladas a otras, de vez en cuando hay ráfagas y ya cambias de asunto. Después pasas a los deportes y a una serie de noticias culturales. Tú ves el minutado a las doce del mediodía y suele ser equilibrado en cuanto a la diversidad de contenidos. Pero a las tres de la tarde eso ya no pasa, porque en torno a las dos empiezan a crecer las noticias políticas que se producen. Ya sea por el Congreso, por ruedas de prensa o porque el Ministro Portavoz suelta algo muy potente tras un Consejo de Ministros. Empiezan a entrar noticias nuevas, casi todas del área de nacional, y el minutado salta por los aires. Y empiezan a caerse noticias de otras áreas: un poquito de deportes, un poquito de cultura, un poquito de sociedad... Entonces empiezan las protestas y es ahí cuando nacional, al menos en mi época, ponía su pisada de elefante.

¿Y la información en la segunda cadena depende también de las áreas, como un Telediario de TVE 1?

No, *La 2 noticias* fue un proyecto distinto. Creo que la idea parte de Ramón Colom y se la encarga a Fran Llorente, que entonces era adjunto del área de cultura. Era un proyecto para hacer las cosas de una manera diferente en La 2, donde se hablase menos de política y más de otras cosas. Al final fueron más de diez años en los que se consolidó el modelo de *La 2 noticias*.

¿Cuáles eran las características de ese modelo de La 2 noticias?

En *La 2 noticias* tenían muy pocos medios. Ellos no iban al Congreso a cubrir una rueda de prensa, sino que contaban lo mismo que los *Telediarios* de una manera distinta. Y luego eliminaban mucha política porque creían que ya llevaba su cauce en los *Telediarios* oficiales de la casa. A cambio daban más información e importancia a esas noticias que en los *Telediarios* muchas veces se caían. Enseguida fueron muy autónomos y contaban las cosas de una manera

mucho menos canónica. Se permitían lujos como que la apertura del *Telediario* ni siquiera fuese en su informativo la noticia del minuto veinte. *La 2 noticias* también fue muy importante por su búsqueda de nuevas formas de contar las cosas, como la importancia que se le da a los sonidos, a detenerse en un ambiente o en pensar que se puede rotular de otra manera. En los *Telediarios*, debido a la severidad de los contenidos y también a las prisas, eso apenas se hacía. Muchos decían, algunos con cariño y otros con muy mala uva, que era “la televisión de las ballenas”, porque le daban mucha importancia a temas como la ecología y el medio ambiente.

Así fue durante mucho tiempo, pero hubo un momento en el que *La 2 noticias* se empezó a percibir como el oasis de unos informativos muy manipulados. Al principio sólo eran los alternativos, pero después fueron mucho más que eso. Fueron los que hablaban del chapapote o de la huelga del 20 de junio de una manera que tú no veías en el *Telediario*. Hubo un momento en el que se convirtieron en el paradigma de lo que podía ser la buena información, no controlada políticamente. Puedo decir, aunque yo no deba hablar por él, que Fran Llorente se negó muchas veces a meter piezas del *Telediario* en *La 2 noticias*. Y se plantó ante directores de informativos que luego paradójicamente tampoco le quitaron, porque o no les merecía la pena o pensaban que las audiencias de la segunda cadena no eran relevantes. Aunque sí llegaron a serlo. Además se convirtieron en un paradigma, porque todos los premios que no se llevaban los informativos de la primera cadena se los llevaba *La 2 noticias*. Llegó a ser uno de los programas más premiados.

No hemos hablado todavía de las televisiones privadas. ¿Se producen cambios en TVE con su aparición?

Muy leves. Los cambios en Televisión Española se han ido notando pero muy lentamente. Cuando aparecieron las privadas una de las primeras emisiones que hubo en informativos, y que vimos todos con una mezcla de curiosidad y de preocupación, fue un *Telediario* de José María Carrascal. Recuerdo que Carrascal se equi-

vocaba, pero entonces las herramientas de Antena 3 eran mucho más torpes, estaban empezando. Nos pareció que incluso la forma de presentar, con él sentado en el quicio de la mesa, no funcionaba. Digamos que lo vimos con cierto complejo de superioridad. Luego te das cuenta de que poco a poco, aunque la apuesta por los informativos de las privadas nunca ha sido ni de lejos tan grande como la realizada por la pública, ellos van ocupando espacios, captando espectadores y ofreciendo productos distintos. Productos que la televisión pública probablemente nunca ofrecerá, y que son atractivos desde el punto de vista del espectador.

Pero esa mirada cambiaría a medida que las privadas mejoraron y evolucionaron.

Sí, poco a poco las privadas se volvieron más alambicadas y fueron teniendo mejores profesionales. Hicieron contrataciones de gente que estaba en la televisión pública, y cada vez que eso pasaba nos asustábamos. Me acuerdo de que se marchó Pedro Piqueras. Pensaba que aquello iba a tener un efecto demoledor sobre las audiencias del *Telediario* que él presentaba entonces. Pero comprobábamos con alegría, no por las personas que se iban sino por las que nos quedábamos, que con ellos no se iban las audiencias. Aunque el factor personal influya, los espectadores no estaban viendo sólo a Pedro Piqueras o a Rosa María Mateo. Los espectadores seguían un producto, y eso nos daba bastante tranquilidad. La marcha de estos profesionales no redundaba de manera inmediata sobre la fuga de espectadores.

Vimos como algo normal la aparición de las privadas y de los terceros canales. Nos parecía algo lógico, ya que en eso España era una excepción dentro de Europa. Pero la fragmentación de audiencias ha sido un fenómeno muy lento. Cuando realmente lo hemos visto ha sido ahora, con la desaparición del mundo analógico y la entrada del digital. Es ahora cuando sabemos que un 13% de share el sábado es buenísimo y se considera un éxito.

¿La aparición de las privadas introdujo nuevas rutinas a nivel laboral en TVE?

Claro, aparecieron nuevas rutinas. Sí recuerdo que en la redacción algunos comentábamos que la aparición de las privadas iba a ser muy buena para la pluralidad, no sólo de las noticias sino también del entretenimiento. Lo veíamos como algo positivo. Luego con el tiempo compruebas que esto es verdad a medias. Por ejemplo, en el caso del entretenimiento, me acuerdo de una noche en la que hubo polémica con una elección de Miss España. Esa noche hice zapping en casa y a la misma hora tres cadenas estábamos hablando de la polémica de Miss España, aunque fuera de manera distinta. Vas comprobando cómo se producen fenómenos de cierto mimetismo. Con todas las diferencias que hay entre la televisión pública y algunas de las privadas, que van a ser siempre muy notables.

Pero claro que nos afecta la llegada de las privadas. Empiezas a informar sobre cosas de las que antes no informabas, como la Pasarela Cibeles. A lo mejor la diferencia es que Televisión Española lo coloca en el minuto cuarenta a propósito de la anorexia y Tele 5 abre con ello, porque sobre la pasarela hay unas chicas muy atractivas y eso puede dar audiencia. Sí ha habido ciertos vasos comunicantes. Pero también es verdad que si la pública ha tenido señas de identidad en todas las épocas, éstas tienen que ver con lo que no se puede hacer. Esto es algo que de alguna manera tenemos interiorizado los que trabajamos en esta empresa. Y luego, dependiendo de los jefes que hay o de cada momento, predomina una información más seria o menos seria. Ahí sí que se nota la mano de quién está en cada momento. Pero siempre hay algo común, que es lo que nunca haría la pública, o lo que haría en escasas ocasiones con independencia de quien gobierna o de lo que hagan las privadas.

¿Consigue entonces mantener TVE sus criterios de servicio público?

Yo creo que sí. En general tenemos bastante interiorizada la idea de servicio público. Eso sí, también tenemos interiorizado que que-

remos competir. Cuando había publicidad porque estaba mejor pagada si tenías más audiencia. Y cuando dejó de haber publicidad por eso que decimos de “la pública con público”, porque si no hay audiencia poco servicio público podemos hacer. Pero creo que en la pública seríamos incapaces de confundir la calidad con lo que la gente quiere ver. Y eso yo lo he visto en declaraciones de dirigentes de Tele 5, por ejemplo. Esa afirmación es impensable en la televisión pública. Como ideario de la televisión pública de ámbito estatal nunca diríamos que la calidad coincide con los índices de audiencia. Eso nos llevaría a unas aberraciones tremendas.

Ha sucedido algo parecido en épocas de fuerte tutela política, cuando los que defendían esa tutela usaban el argumento de que si nos veía mucha gente es porque teníamos credibilidad. Al contrario, ha habido momentos de mucho consumo de informativos de TVE porque estaban pasando cosas importantes para la ciudadanía. Y sin embargo la gente no creía lo que estaba viendo. Lo consumía pero no de una manera integrada, que diría Umberto Eco. A los políticos y a algunos profesionales les gusta mucho jugar con esas confusiones, equiparando calidad a audiencia y credibilidad a audiencia. Y creo que la audiencia no tiene por qué coincidir muchas veces ni con la calidad ni con la credibilidad.

¿Y qué crees que supone la aparición de programas que abordan la información con una óptica sensacionalista? ¿Hay un retroceso con la aparición de las privadas en la ética informativa?

En las privadas se reproducen los modelos de Televisión Española, pero siempre yendo un poco más allá con el objetivo de buscar audiencia. Si nosotros hacíamos un programa como *¿Quién sabe dónde?*, que tenía una parte de *reality* en la búsqueda de personas, era con unos ratios no sólo de calidad, sino también de ética. Era un programa delicado sobre el que jamás hubo quejas, que además hizo campañas importantes como la realizada con el secuestro y asesinato de Anabel Segura. No se cruzaban líneas rojas. Las privadas reproducen en parte esos modelos, pero abren las puertas a cosas como

sentar a gente en el plató y la contraprestación económica, que acaba siendo un elemento importante.

Mucha gente acaba acudiendo a los programas de las televisiones privadas por la motivación económica. Y cuando hay una compensación económica uno siente que su dueño es el que le está pagando. Admites un nivel de preguntas que a lo mejor no tolerarías en un medio como la televisión pública. Y a su vez, te sientes obligado a dar unas respuestas que satisfagan al que te ha pagado. Todo esto tiene un lado psicológico muy sutil, y estamos viendo ahora lo que pasa cuando lo llevas a sus últimas consecuencias en ciertos foros de tertulianos. Yo creo que con las privadas se emborrona la mirada ética hacia la televisión y entra el tabloide. Pero esto no sucede porque aparezcan las privadas, sino porque los responsables que están detrás de las cadenas deciden darles esa orientación. No en todas, Cuatro no ha sido así, CNN+ tampoco. Antena 3 también ha sido distinta a Tele 5.

Antes has nombrado las migraciones laborales. ¿Se notan mucho en Televisión Española? Ya no sólo a nivel de las caras conocidas, como Piqueras o Rosa Mateo, sino de técnicos y trabajadores de base.

Sí, hubo una migración. Yo dije adiós a muchos compañeros que se iban porque les mejoraban la oferta económica en Tele 5 o en Antena 3. En la televisión pública los salarios son buenos, pero no hay grandes diferencias dentro de cada categoría. En una privada puedes estar ganando cincuenta mil euros más al año que la persona que tienes al lado aunque estés haciendo algo parecido. Es oferta y demanda.

Según avanzan los años noventa, ¿vas notando una progresiva crispación en Televisión Española? Me refiero a problemas derivados de la crispación política que hubo durante la última legislatura del PSOE.

Sí, sobre todo durante el periodo que abarca de 1993 a 1996 e incluso un poco antes. Se notó muchísimo la crispación. Como Tele-

visión Española de alguna manera es un reflejo de las cosas que pasan en la sociedad y en el ámbito de los partidos políticos, toda esa crispación llegó a la televisión y a los contenidos. Incluso llegó también a las relaciones laborales de los trabajadores de la casa. No hablo de que los jefes quisieran que informáramos de una manera o de otra, hablo de que había llegado el momento del posicionamiento y el momento de algunos para hacer méritos ante lo que venía. Yo he visto a un trabajador gritar: “¡Manipulación, manipulación!”, mientras se emitía un bloque electoral de las elecciones de 1996. En los bloques electorales los tiempos están absolutamente milimetrados y en aquel entonces prácticamente no se hacía información. Casi te limitabas a ser un agente de los distintos partidos políticos. No había razón aparente para lo que hizo ese trabajador, pero se nota mucho en la gente cuándo va a llegar un cambio de ciclo.

¿Cómo se vivieron en Televisión Española los sucesivos escándalos que fueron surgiendo en el PSOE? Teníais que dar informaciones que perjudicaban al partido político gobernante.

Las informaciones se daban. Vigiladas y leídas al pie de la letra, pero se daban. También con muchas acusaciones de la oposición de que Televisión Española no era neutral. Y puede que fuera verdad. Pero una recuerda las cosas como las ha vivido. El día que salió la orden de detención de Rafael Vera, cerca de las tres de la tarde, me acuerdo de que me llamó una de las personas que hacía la información de tribunales y me lo dijo. Claro, en ese momento se te caen los palos del sombrero. No porque vayan a detener a Vera, sino por el miedo a deslizar ese error. Creo que fue María Antonia Iglesias quien me dijo: “Como luego no sea así os mato”. Pero fue así y así se contó en el *Telediario*. Obviamente no se puede abrir de otra manera. Esas son las noticias que resultan incómodas de contar, porque probablemente el partido en el gobierno espera que la televisión pública no las cuente así.

Yo recuerdo sobre todo muchos momentos. Recuerdo especialmente la durísima entrevista de Iñaki Gabilondo a Felipe González,

que incluso antes de dar las buenas noches ya le había preguntado: “¿Organizó, autorizó o toleró usted la guerra sucia del GAL?”. En la redacción estábamos como si hubiera caído una bomba atómica. Estábamos fascinados con que Iñaki Gabilondo se hubiera atrevido a tanto. He reflexionado mucho sobre esa entrevista y sobre cómo, para entrevistar al Presidente del Gobierno en un momento especialmente sensible, no se eligió a un periodista de la casa, sino a uno de fuera. Un periodista que fue honesto y que probablemente llegó mucho más lejos de lo que hubiera llegado un periodista de la casa.

Son casos en los que la tutela política ha servido de poco a la larga.

Se produce una paradoja. Una de las cosas de las que me he convencido en estos años es que no merece la pena la tutela política de la televisión, porque a los partidos no les sirve en los momentos clave. Cuando llega el momento en que Felipe González tiene que convencer a la ciudadanía de cosas muy importantes, quien viene a entrevistarle es un periodista de fuera. Ocurrió lo mismo cuando el Partido Popular perdió las elecciones del 2004 y Aznar, todavía presidente en funciones, tenía que contestar a preguntas incómodas. No se hizo cargo Alfredo Urdaci, que le entrevistó muchas veces en solitario en Televisión Española, sino Juan Pedro Valentín. Cuando llega el momento de ser creíbles no ponen al periodista cortésano porque ya no sirve. Tienen que poner al periodista incómodo porque lo que diga va a tener credibilidad. A mí eso me ha servido para decantarme sobre lo que espero y quiero de una televisión pública, pero creo que a los partidos políticos no les ha hecho reflexionar mucho. Acabé así mi tesis doctoral, haciendo un poco esta reflexión de que probablemente a los partidos del gobierno y oposición lo que les conviene son televisiones neutrales, porque la credibilidad se pierde aunque tengas toda una batería mediática a tu favor. La ciudadanía lo percibe y una vez que lo percibe ya no tiene arreglo, se genera una inercia de animadversión hacia ese medio tutelado.

¿Cómo fue el cambio político del año 96 y tu paso de jefa del área de nacional a subdirectora de Informe semanal?

Fue para mí muy tranquilo. Una está preparada para que la cesen, yo sabía que eso llegaba. Entonces me propuse ser elegante, no ser mezquina. Creo que no exagero si digo que lo llevé a rajatabla e hice un traspaso impecable. Ernesto Sáenz de Buruaga me llamó para comunicarme el cese. Cuando me lo dijo me pidió que me quedara hasta que llegara el nuevo jefe de nacional, y le dije que por supuesto. Esos días hasta que nombraran al nuevo jefe de nacional yo quería ser la mejor periodista del mundo, la más honesta y entusiasta. Ernesto ya había nombrado un equipo y yo trataba con uno de sus segundos, Adolfo Lefort.

Recuerdo que luego esta gente me comentó que le sorprendió la profesionalidad con la que yo trabajé en ese tiempo, que fue más largo de lo debido. Vino de jefe de nacional un periodista de la Agencia EFE, Joaquín Muller. Pero tardó en incorporarse por problemas burocráticos, no recuerdo las circunstancias exactas. Aquel periodo lo viví como si tuviese alas en los pies. Iba con la misma libertad a las ediciones a valorar las noticias. Me sentí bien porque además creo que ellos se pensaban que yo podía tener alguna reacción envenenada, y les sorprendía que fuera educada y correcta. Cuando vino Joaquín resultó que es una de las personas más caballerosas, simpáticas y educadas que he conocido en mi vida. Con lo cual no tuve que hacer ningún esfuerzo por ser amable con él, me resultó muy fácil. Creo que menos mi agenda personal se lo di todo. Es más, nos hicimos amigos, que es algo bastante insólito. Me quedé con la sensación de haber hecho las cosas bien.

Y cuando acaba ese periodo de transición en el área de nacional, ¿pediste la incorporación a Informe semanal o te la ofrecieron ellos?

Creo que yo pedí irme a *Testigo directo*, un programa que presentaba Ramón Pellicer. Claro, Pellicer ya no era el editor y presentador del *Telediario 2*. *Testigo directo* era un programa parecido a

algunos que hay ahora como *Comando de actualidad*. El caso es que no sé si fue Ernesto o uno de sus segundos, Gabriel Campo, el que me dijo que eso no era un informativo sino un programa, y el trasvase a programas no es fácil. Y es cierto que es complicado. Fue entonces cuando me dijeron si quería irme como subdirectora a *Informe semanal*. Dije que no me atrevía a pedir tanto. Acababan de nombrar a Baltasar Magro, al que yo no había visto en mi vida, como director del programa. Les pregunté si a Magro le iba a parecer bien, y ellos dijeron que tendría que parecerse. Es decir, quisieron tratarme muy bien. Quizá porque fui correcta y elegante, o porque me cogieron algo de aprecio personal. También porque de paso les venía bien para demostrar que no se marginaba a nadie con el cambio. Soy consciente de que muchas veces me han nombrado en los ocho años de gobierno del Partido Popular como el ejemplo de lo bien que trataban a la gente.

¿Recuerdas la fecha en la que entraste en Informe semanal?

Fue el 1 de julio. Me encargaron un reportaje que propuse yo sobre los sanfermines y me fui a Pamplona. Empecé con un tema que conocía bien y me parecía que iba a contarlo de una manera menos tópica a como siempre se hacía en Televisión Española. Baltasar Magro me aceptó como subdirectora, aunque nunca he hablado con él sobre cómo fue aquello. Magro puso a un director adjunto de su confianza, Manolo Rubio, y mantuvo como subdirector al anterior director del programa, Manolo Sánchez. No sé si abrieron la horquilla y crearon otro puesto de subdirector para mí, o si como también se dijo ese puesto iba a ser para otra persona y me lo dieron a mí. Siempre fui consciente de que no era una persona elegida por Magro. Si ya estuvo contento conmigo o no, habría que preguntárselo a él.

En el libro conmemorativo del 30 aniversario de Informe semanal figura que trabajaste como guionista en el programa desde 1991.

No, fueron cuatro cosas sin importancia. A veces pasaba algo gordo de última hora y los de *Informe semanal* decían que era mejor

que lo hiciésemos los del área de nacional. Fruto de eso me tocó hacer algún reportaje para el programa, pero todos hechos en muy poco tiempo, un día o dos, siempre eran cosas de última hora.

Nunca te daban las satisfacciones que conllevan la realización de un reportaje de *Informe semanal*. Yo me indignaba muchísimo porque la gente del programa no se comiese sus propios marrones. Y de ahí aprendí que jamás le pido al *Telediario* lo que nosotros no somos capaces de hacer. Les puedes pedir cosas concretas, pero siempre con el tiempo necesario.

¿Qué piensas de Informe semanal cuando entras en la subdirección?

Cuando entré en el programa tuve la sensación de que se me caía un poco el mito, dicho esto con todos los matices. Se me cayó un poco el mito respecto a la excelencia, pues te das cuenta de que también se hacen pequeñas chapuzas y se cometen errores, aunque menos que en el *Telediario*. Ves que si eres capaz de estar en el *Telediario* también eres capaz de hacer un buen reportaje para *Informe semanal*. No obstante, el reportaje tiene técnicas específicas. Digo esto porque hay quien se cree que un reportaje es todo lo que dura más de 10 minutos y no es así: un buen reportaje tiene reglas propias y contiene mucha estructura y mucho trabajo.

Lo que sí hay en *Informe semanal* es una característica común que mantiene desde sus orígenes: la capacidad de hacer una buena síntesis. Creo que es uno de los grandes méritos del programa, esa capacidad para separar el grano de la paja y contarle al espectador esa noticia que ha pasado a lo largo de la semana o esa efeméride eliminando lo superfluo y yendo a la esencia de las cosas. Contándolo además sin animadversión, porque en el programa nunca se ha hecho periodismo de trinchera. Eso lo vi enseguida, al igual que la manera en la que trabajas con el realizador organizando las secuencias y planificando qué imagen vas a rodar para acompañar al texto. Todo lo que tenía que ver con la técnica de realización del reportaje me interesó mucho desde el primer momento.

¿Y cómo te enfrentaste a tu primer reportaje?

Pese a que pisaba un terreno conocido como el de los sanfermines, yo me enfrenté a ese primer reportaje con mucho miedo y con muchos nervios. Pero agradecí mucho a Baltasar que al día siguiente de entrar ya me estuviese yendo a hacer un reportaje. Hubiera sido mucho peor para mí que me hubieran dicho que me quedase varias semanas aprendiendo cómo se hacía. Hubiera sido mucho más agotador mentalmente y me hubiera sentido más violenta en todos los sentidos. Me tiré a la piscina sin flotador y salí como pude. A mí no me gustan las esperas.

¿Cómo veías como subdirectora del programa los temas más conflictivos del gobierno del Partido Popular? Informe semanal hizo reportajes sobre el Prestige o la guerra de Irak.

Es verdad que se hicieron todos esos temas, pese a que en aquel momento era un programa que salvo noticias muy importantes no estaba tan pegado a la actualidad como ahora. Esos temas a mí nunca me los encargaron. Yo sentía que confiaban en mí profesionalmente, pero que de alguna manera todos me veían como alguien de la etapa anterior. Por lo tanto no iban a encargarme un reportaje sobre el Prestige o la guerra de Irak. Sí hice muchos reportajes y además de manera muy satisfactoria. Desde el 11 de septiembre hasta un atentado de ETA, no sólo hacía temas de cultura. Baltasar Magro me encargaba muchos temas, en eso la confianza era absoluta.

Tenía su lado cómodo, sinceramente. Porque en el reparto de papeles sabes lo que te toca y lo que no te toca. Pero yo no hice nada el sábado de los atentados del 11 de marzo, que fue monográfico. Es decir, esos temas no me los encargaban a mí y tampoco me pedían que los supervisara. Con lo cual tenía un poco la sensación de que era subdirectora con plenos poderes salvo con los temas más sensibles.

Durante la última legislatura del gobierno del PP se produjo la famosa polémica con la huelga del 20-J. ¿Qué ambiente se respiraba en Televisión Española?

Digamos que aquello fue la gota que colmó el vaso. Yo creo que hubo un momento de excesiva contaminación por parte del gobierno durante los dos últimos años de legislatura del Partido Popular. Incluso más de la que todos estábamos dispuestos a aceptar de una manera razonable. Además coincide con todo esto que estamos hablando: la huelga del decretazo, la guerra de Irak, el Prestige, los atentados del 11 de marzo... Yo creo que es en ese momento cuando muchos nos empezamos a poner nerviosos, empezamos a tener pulgas en el cuerpo y la sensación de que aquello ya era demasiado. Aun así el nivel de reacción pública era mínimo. Porque yo creo que la gente tenía mucho miedo. Y porque la gente sentía que cualquier reacción le iba a repercutir negativamente. Pero es verdad que ahí ya se empezaron a mover algunas cosas.

Todo vino encadenado, porque coincidió con una etapa de muchas manifestaciones. La gente salía mucho a la calle por todos estos asuntos. Algunas manifestaciones fueron muy importantes, y en esas manifestaciones se empezaron a ver pancartas que decían: “Televisión manipulación”. Creo que eso provocó un salto cualitativo. Incluso se empezaron a ver antes de la famosa sentencia de la Audiencia Nacional, la que luego obligó a la rectificación que burdamente conocemos como “la de CCOO”. Esto no se había visto antes, ni con el Partido Popular ni con el anterior Partido Socialista. Yo creo que fue la primera vez que se visualizó socialmente el hartazgo sobre la contaminación en la televisión pública por parte del partido gobernante.

¿Cómo se recibió en TVE la histórica sentencia de la Audiencia Nacional?

Yo estaba en Sidney cuando se supo la sentencia. Estaba en un curso de inglés y lo vi en Internet. Era portada en un periódico digital, no recuerdo si en *El Mundo* o en *El País*. Y me parecía que lo

que estaba viendo era increíble, porque yo creo sinceramente que nadie, ni siquiera los que tuvieron la iniciativa de ir a la Audiencia Nacional, pensaron que aquello se podía ganar.

Yo no sé si se hubiera ganado la sentencia sólo por el 20-J. La sentencia se produce en el 2003, y para entonces se han producido otros episodios. Quiero creer que la suma de todos esos episodios también tuvo su peso en la decisión del juez. No vamos a pensar que la única información que no hizo correctamente Televisión Española en aquellos años fue la del 20-J. Probablemente la del 20 -J se hizo mejor que otras.

¿Tenías relación con Alfredo Urdaci?

De vista. Cuando nos cruzábamos la relación era correcta, aunque yo creo que el tenía muy marcado que yo era de la etapa anterior. Recuerdo que tuve una operación larga y me preguntó sobre el tema un día que íbamos a coger el ascensor. Me gustó que me preguntara, fue un detalle que estuvo muy bien. Esto fue al principio de la mayoría absoluta del Partido Popular.

Creo que después la cosa ya se complicó bastante y se enrareció cuando se creó el Consejo Provisional de Informativos. Yo me presenté y salí elegida, era uno de sus siete miembros. De ahí lo que me ha llegado ya son cosas que él decía de mí. Yo creo que él vivió como un enorme desagrado el que formase parte del Consejo cuando me había mantenido como subdirectora de *Informe semanal*. Y puedo entender que piense así, pero en esta vida todo tiene unos límites.

Yo sentía que se estaban saltando todas las líneas rojas que se podían saltar. Pensaba que esta empresa estaba en un momento muy triste de desprestigio ante la sociedad, y que se les había ido la mano mucho respecto a esta televisión y la función de servicio público. Por eso me posicioné públicamente. Recuerdo que lo hablé en casa y que mi pareja me dijo: “¿Y qué te puede pasar? ¿Que te quiten? Pues que te quiten”. Y yo pensé que no quería oír nada más. Me sentía respaldada y me sentía también muy tranquila. Creo que se puede mirar para otro lado durante un tiempo, y que incluso puedes ser

leal con aquellos que se han portado bien contigo. Pero eso no te puede atar de pies y manos. Además todo lo que hice a partir de ese momento fue público. Evidentemente para Urdaci debió de ser una mala noticia que la subdirectora de *Informe semanal* fuese una de las personas que se puso a la cabeza de la oposición contra sus políticas informativas.

¿Cuándo se forma el Consejo Provisional de Informativos?

No recuerdo la fecha exacta, fue en el año 2003. La creación del Consejo fue un proceso absolutamente democrático. Votaron todos los que quisieron hacerlo, en total unas seiscientas personas. Hay que decir que votar seiscientas personas en Torrespaña, poniendo una urna en el hall de entrada del edificio y una mesa al lado para los que supervisaban el proceso, tuvo mucho mérito. El que votaba ya se estaba señalando sólo por el hecho de hacerlo. Nos presentamos veintitantas personas y salieron elegidas siete. Yo me acuerdo de que no quería salir elegida. Incluso alguna persona me preguntó si quería que me votase y le dije que no. Sobre todo porque me parecía un trabajo duro, porque los veintitantos que nos presentábamos ya estábamos más que señalados.

¿Qué actividades realizaba el Consejo Provisional de Informativos?

Lo que hacíamos era redactar comunicados que mandábamos a los medios de comunicación, señalando las cosas más graves que a nuestro juicio sucedían, o pidiendo independencia y transparencia para el inminente proceso electoral. Aunque era un órgano alegal nos daba una cierta entidad, nos llamaban de los periódicos y nos reuníamos con personalidades del mundo de la cultura. Es decir, de alguna manera fuimos bien recibidos, porque representábamos a un grupo importante de trabajadores que aunque tenían miedo se atrevieron a ir a votar.

El trabajo también tenía una parte incómoda, porque tenías que ver los *Telediaris* y comprobar si eran ciertas las quejas más im-

portantes que te llegaban. O incluso pasar por el desagradable trámite de hablar con algunos compañeros que pensaban que tú eras como el Ku Klux Klan y que estabas censurándoles. Aunque las cosas se intentaban hacer con mucho respeto hubo algún episodio desagradable. Era muy duro porque tú no querías denunciar a personas, de hecho nunca se daban nombres y apellidos. Pero detrás de cada noticia hay un redactor o un cámara que lo ha hecho de una determinada manera, sea por convicción o porque se lo han mandado. Con lo cual, cada vez que tú hacías una denuncia para que esas prácticas no se repitiesen en Televisión Española, sin querer le estabas poniendo el foco a alguien. Fue muy complicado y algunas cosas nos hicieron vivir momentos muy desagradables.

¿Y siendo ilegal no se intenta tomar alguna medida contra vosotros?

No, al menos que se supiera. No voy a decir el motivo porque tampoco lo sé, quizá era un poco incontrolable todo aquello. Yo seguía trabajando tanto o más que antes, nadie podía decir que hacía dejación de mis funciones. Nos reuníamos en los locales sindicales, los sindicalistas nos dejaban reunirnos allí. Nadie iba a entrar en la sede de Comisiones o de UGT. Por supuesto no teníamos un espacio propio para reunirnos, como tiene ahora el Consejo de Informativos. Claro, ahora el Consejo de Informativos está regulado por la Ley de la Corporación RTVE de 2006, la diferencia es tremenda. Había pocas cosas que pudiera hacer la empresa aparte de tenernos una fobia cainita o perjudicar nuestras condiciones de trabajo, algo que tampoco sucedió nunca. Nosotros tampoco convocábamos manifestaciones o concentraciones, digamos que nuestra actividad era discreta. Recuerdo que en la Comisión de Control Parlamentario le hicieron varias preguntas a José Antonio Sánchez, el Director General en aquel momento, sobre las denuncias del Consejo Provisional de Informativos. Su respuesta fue algo así como: “Esos quiénes son”. Dando a entender que no iba a responder a denuncias hechas por personas que no tenían respaldo oficial.

LA NUEVA TVE.

DIRECCIÓN DE *INFORME SEMANAL*

En el 2004 el PSOE gana las elecciones. ¿Cómo se recibe el cambio en Televisión Española?

Supongo que cada uno lo percibió de una manera. Creo que el cambio no lo esperaba nadie, y cada uno vive los cambios pensando en cómo van a afectarle. Es penoso ver cómo los empleados de las televisiones públicas tenemos interiorizado que los cambios políticos nos pueden promover o pueden hundir nuestra carrera profesional. Esto no pasa en la BBC ni en las televisiones más serias del mundo. La mayoría de la gente de mi entorno se alegraba del cambio que se había producido, porque pensaba que era bueno para la televisión. Pensaban que la televisión tenía que cambiar y no se podía ir a peor.

Al día siguiente de las elecciones aquí nadie celebraba nada, y eso me gustó. No había ni lágrimas de cocodrilo ni celebraciones, todo el mundo estaba trabajando. Yo lo recuerdo como un día muy normal, era lunes y había que poner el programa en marcha. Lo último que quería era que alguien viniera a decirme algo que pudiera ser interpretado como falta de neutralidad. Fue algo bastante generalizado, el comportamiento de la gente fue deliberadamente frío, como que aquello no iba con nosotros. Cuando en realidad era todo lo contrario, porque el cambio nos afectaba bastante más a los empleados de Televisión Española que a los funcionarios del Ministerio de Industria, por ejemplo. Lo recuerdo así, no había nada especial. Después ya empiezan a correr los nombres y las listas sobre quién va a venir y quién no va a venir.

¿Y cómo llegas a la dirección de Informe semanal?

Primero nombran director de informativos a Fran Llorente. Fran no esperaba que se lo propusieran. De hecho se lo proponen a Lo-

renzo Milá, pero Lorenzo dice que no y que se lo tienen que ofrecer a Fran. Esto lo ha contado Lorenzo y creo que no revelo nada que no sea cierto. Lorenzo y Fran eran y siguen siendo excelentes compañeros y amigos. Lorenzo estaba en Washington y dijo que él echaba una mano en lo que hiciese falta durante esta nueva etapa, pero que quien tenía que estar al frente de todo esto era Fran.

Fran y yo nos conocíamos desde hacía muchos años y nuestra relación era correcta. Y cuando comenzó a formar su equipo un día me llamó. No sé si me ofreció la dirección de *Informe semanal* o si me dijo que quería que estuviese en su equipo de confianza, creo que fue lo segundo. En esa situación lo lógico parecía la dirección de *Informe semanal*, aunque creo que había otras opciones. Para mí había pocos sitios más apetecibles. También pensaba que después de haber estado tantos años en el área de nacional prefería situarme en algo de menos rabiosa actualidad. Todo vino de una forma muy natural. Yo le dije que sí y durante mucho tiempo tuve la sensación de que todo era una especie de sueño. Entrás en una especie de torbellino, donde estás muy nerviosa y se te pasan muchas cosas por la cabeza. Fueron unos días muy intensos, en los que no sabía si tenía que estar contenta o no. Incluso añoraba lo bien que estaba hasta ese momento, con el derecho a protestar. Y sabía que llegaba el momento no de predicar, sino de dar trigo.

Hemos comentado que consideras que la verdadera transición en televisión se produce en el año 2004. A nivel laboral, ¿cómo se refleja ese cambio y el surgimiento de lo que se vino en llamar los nuevos informativos?

A mi juicio, a nivel laboral coincidieron varias cosas que impidieron visualizar ese cambio tan positivo en el año 2004. Lo hemos visualizado varios años después. El cambio político se empieza a notar inmediatamente en los informativos, pero con una cierta incredulidad por parte de todos. También por parte de los propios empleados de televisión, que no pensaban que aquello fuese a durar. Pero además coincide con el inmediato anuncio de que va a haber

un expediente de regulación de empleo, lo que contaminó mucho el estado emocional de esta casa.

Primero se dijo que el ERE podía ser forzoso y al final resultó voluntario. Se marcharon cuatro mil personas, empezando por los que tenían más edad y terminando por los que eran más jóvenes. A pesar de que desde el primer momento se estaban negociando unas condiciones económicas muy ventajosas para aquellos que decidieran marcharse, se generó muchísima incertidumbre, porque había gente que decía que no se quería ir y que la iban a obligar a marcharse. Hubo gente que decidió marcharse incluso cuando finalmente resultó ser voluntario. Las razones por las que se marcharon pudieron ser muchas. Quizá porque quisieron asegurar unas condiciones económicas para siempre, algo que lógicamente nadie les garantizaba si seguían en esta empresa. O también porque pensaban que los tiempos que iban a venir para esta empresa iban a ser peores y, sobre todo, muy diferentes a lo que RTVE había sido hasta entonces. La contaminación emocional que produce la puesta en marcha del ERE, hasta su aplicación con el último empleado que decidió irse, se cruzaba continuamente con lo que era la nueva televisión y sobre todo los nuevos informativos.

Era como una gran coctelera donde se estaban agitando cosas muy diferentes: unos informativos en los que se había roto la correa de transmisión con los partidos políticos y el partido en el gobierno; un expediente de regulación de empleo que se estaba gestando y diseñando; un nuevo modelo de empresa más reducido, con una fiscalización mucho más exigente y sin posibilidades de endeudamiento. Existía un ambiente de inquietud, aunque esa inquietud en esta empresa también es bastante inherente. La gente siempre está preocupada por algo y al mismo tiempo tiene la impresión de que al final no va a pasar nada. Pero es verdad que en ese ambiente, en el que te ibas despidiendo de la gente, casi no te podías alegrar de que los informativos fueran como siempre desea un periodista: neutrales e independientes de consignas o de mandatos externos.

¿Se marchó mucha gente de Informe semanal?

En *Informe semanal*, entre reporteros, realizadores y redactores, se fueron veintitantas personas. Todo eso te emociona mucho, tienes una gran sensación de pérdida. Piensas en si vas a saber sobrevivir sin ellos, en si vamos a poder seguir haciendo las cosas bien desde el punto de vista de la calidad. Se fueron muchas personas, y los que nos quedábamos teníamos miedo a trabajar con menos gente, a trabajar en una empresa rejuvenecida de una manera traumática. Y además se iba gente muy buena, gente con experiencia. Los más mayores teníamos la sensación de que esta empresa se quedaba sin la franja media, que es como la clase media que da estabilidad democrática a las sociedades. Gente que ya tiene unos años de experiencia a sus espaldas y que te aporta todo lo que ha hecho.

¿Ha influido de manera negativa la reducción de medios?

Estamos aprendiendo a trabajar de otra manera. Sobre todo tienes que aprender a pensarte mucho las decisiones, a calcular las jornadas de trabajo y lo que necesitas. Ahora rodamos siendo conscientes de lo que necesitamos porque todo tiene un coste. Antes nos creíamos que los reportajes en Madrid tenían coste cero. Hemos tenido que aprender a manejar otros baremos de cuantificación de lo que cuesta el trabajo, porque la hora de montaje también cuesta dinero. En algunos casos por primera vez, porque tenías la impresión de que la televisión era una especie de pozo sin fondo, donde con la mejor intención mandabas a dos equipos a la vez para que no se te escapara nada. Ahora es impensable la coincidencia de varios equipos de televisión en un mismo acto para hacer exactamente lo mismo. Ahora hay una coordinación y se ha creado una especie de estructura nerviosa dentro de la televisión.

Hemos tenido que aprender a economizar. Seguramente en algunos momentos se ha podido notar, pero jamás hemos racaneado el hacer las cosas mejor, aunque fuera con sobreesfuerzo o con más horas que no te van a remunerar. Ahora mismo el criterio económico

tiene un peso muy importante, y si a esto añadimos una crisis económica, más todavía.

Y en este proceso de cambios, ¿cómo se encuentra TVE a nivel tecnológico? ¿Se ha ido actualizando e incorporando nuevos equipos?

Sí, ha ido actualizándose. Aunque la convivencia con los viejos formatos existe. El hecho de tener que hacer el volcado y el cambio de formato de muchas horas de material de archivo te obliga a que convivan. Hay cadenas de televisión que seguramente no necesitan tener un aparato para *telecinar*. Nosotros todavía tenemos. Casi todos los materiales están ya volcados, pero lo necesitamos por si de pronto te aparece algo y tienes que convertirlo o visionarlo. Yo creo que en general no hay sensación de retraso tecnológico. La sensación más negativa que se puede respirar en la atmósfera de la nueva RTVE es la de que la economía ahora manda. Antes el control de gasto no era tan estricto ni tan restrictivo.

¿Qué diferencia a Informe semanal de otros informativos? Ramón Colom dijo en una ocasión que no había sabido encontrar la especificidad del programa cuando los Telediarios evolucionaron con la llegada de la democracia.

Qué interesante. Antes de la democracia *Informe semanal* siempre iba un poquito más lejos que los *Telediarios*, y parece que hay un momento en el que eso no sucede. Y entonces ahí se plantean varios debates. Debates profundos y filosóficos. Uno de esos debates lo viví yo en mi etapa como subdirectora. El planteamiento fue: como ahora hay tantas televisiones, tantos *Telediarios*, y por si fuera poco ha empezado a funcionar un Canal 24 Horas, *Informe semanal* ya no está obligado a contar la actualidad. *Informe semanal* tiene que buscar otros asuntos. Se decidió, por tanto, que no era necesario pegarse a la actualidad porque ya había muchos *Telediarios* que lo contaban todo.

Yo no sólo no estoy de acuerdo, sino que creo que si había algún gurú detrás de ese planteamiento se equivocó profundamente. Porque hay mucha gente que ha visto las noticias sobre un tema, o directamente no las has visto, y quiere que se lo cuentes a la manera de *Informe semanal*. No quiere que le des veinte minutos de información sobre un atentado en doce piezas de un minuto cuarenta cada una. Quieren que se lo cuentes con el relato, la técnica y las herramientas del reportaje, que tiene dentro todos los subgéneros: un poco de entrevista, un poco de crónica en el lugar de los hechos... Como todos tenemos derecho a equivocarnos, cuando me hicieron directora de *Informe semanal* volví a la rabiosa actualidad. Intentando darle el mayor techo posible, porque muchas veces hay gente que no te habla para el *Telediario* pero te habla para *Informe semanal*. O sea, procurando ir más allá que el *Telediario*.

Aunque el sábado por la noche *Informe semanal* esté muy cerca del *Telediario*, yo creo que no nos hemos equivocado en absoluto. Lo que cambia en nuestro programa respecto al *Telediario* es el relato homogéneo. Un reportaje de *Informe semanal* no tiene la estructura piramidal de la noticia. Puedes empezar por donde quieras. Puedes empezar el reportaje con una lágrima, y ni siquiera es necesario que sepas quién es el rostro que está detrás. O puedes empezar con una frase que se acerca más al periodismo de prensa o a la literatura. Son licencias que no te permites cuando estás en el *Telediario*, y lo sé porque he hecho mucha información correcta y seca, despojada de adjetivos. Pero el reportaje te permite otras cosas. Y eso tiene su público, un público importante y agradecido.

¿Y cómo se deciden los temas que se abordan en cada Informe semanal?

Lo primero es que los temas tengan el perfil que creemos que deben tener los contenidos de *Informe semanal*. Es decir, por una parte vinculados a la actualidad, pero por otra que sean temas de una relativa altura. Porque el paso siguiente es que si estás hablando de las fusiones bancarias, tu obligación es que todo el mundo se en-

tere de lo que estás contando. Aspiramos siempre, por así decirlo, a la calidad. Hay temas que no es que tengamos descartados, sino que creemos que no forman parte de la cultura de *Informe semanal*. Los temas que hacemos siempre están vinculados a la actualidad, a la noticia o a la efeméride. O sea, siempre tienen un componente noticioso.

Luego algunos temas están decididos y otros se deciden sobre la marcha. En *Informe semanal* se trabaja a dos velocidades, sería imposible poner el programa en marcha el lunes y terminarlo con un buen nivel de calidad para el sábado. También hay semanas en las que no pasa nada y semanas en las que pasan muchas cosas. Por eso siempre hay temas sobre los que vas trabajando, que además son temas que a lo mejor tienen un valor pequeño en el *Telediario*, pero que desarrollados con la fórmula del reportaje cobran toda su importancia.

¿A qué tipo de temas te refieres?

Pues por ejemplo, sabemos que este año ha sido declarado el año de los bosques. Esto nos ha permitido planificar dos reportajes. Uno es sobre la situación global del planeta. Un equipo se ha ido a Ecuador y Amazonia. Y la misma persona va a hacer otro reportaje sobre el año de los bosques en España. Así conseguimos una manera distinta de verlo: una sería el plano general, cómo está el planeta en cuanto a sus pulmones verdes; la otra aborda la situación en España. Podíamos haber diseñado un solo reportaje, pero en este caso hemos decidido hacer dos. ¿Cuándo se emiten? Si hay una efeméride concreta aprovechamos para emitir el sábado inmediatamente anterior o posterior. Si no tiene fecha porque es todo el año, elegimos el momento más oportuno. Normalmente estos reportajes se terminan y se quedan en lo que llamamos la nevera. Y los sacamos de la nevera como podemos sacar un obituario de una muerte bastante previsible. Es entonces cuando aprovechamos para ponerlo.

Antes comentabas que una de tus decisiones como directora es que el programa esté pendiente de la actualidad.

Lo que realmente le da sentido a este programa son los contenidos de actualidad. Y lo que realmente frustra a la gente, y esto es algo que se comprueba por el correo electrónico, es cuando no das algo que ha sucedido y que concita el interés general. En ese caso el espectador medio de *Informe semanal* se enfada. Y además de cabrearse te lo cuenta, lo que creo que es maravilloso porque se produce ese efecto redondo de la comunicación que llamamos *feedback*. Esto en *Informe semanal* es una regla de oro, y además desde que hay correo electrónico se ha multiplicado. En los días posteriores a la emisión siempre llegan *inputs* sobre el programa, casi siempre para felicitarte o para pedirte algún dato.

En otros casos te escriben para contarte su frustración por un tema que no has dado. Ha habido casos bastante paradigmáticos. La semana en que se aprobó el matrimonio homosexual nosotros no hicimos el reportaje. Nos costaba tener un buen casting y preferimos dejarlo para la semana siguiente. Ahora sé que me equivoqué. Había mucha gente, especialmente de la comunidad homosexual, que veía aquello como una victoria de lo que había sido su lucha durante muchos años. Y cuando no se habló de ello en *Informe semanal* nos llegaron muchos correos electrónicos de gente que manifestaba su profunda frustración. Recuerdo que hice un correo electrónico general para todos donde pedía disculpas y les juraba que estábamos en ello. La ley se aprobó en el Congreso a finales de semana, y preferimos no hacer un reportaje de urgencia para ese mismo sábado. Creímos que para el siguiente programa lo haríamos mejor. Y efectivamente, el resultado fue mucho mejor, no hay ninguna duda. Pero provocó esa frustración en el espectador.

Nos ha pasado más veces y es una de las lecciones que he aprendido. Siempre es mejor un reportaje menos cuidado que atiende a las necesidades informativas del ciudadano, que uno más cuidado que das a posteriori.

¿Cuántas personas trabajan en Informe semanal y como están organizadas?

El equipo está formado por diez realizadores y diez redactores. En ese equipo se incluye la cadena de mando: dos subdirectoras, una directora adjunta y la directora. ¿Por qué hay un director, un director adjunto y dos subdirectores? Entre otras cosas para que siempre haya responsables cuando alguno falla, sea porque está enfermo o por vacaciones. Por debajo de la directora del programa está la directora adjunta, que actualmente es Teresa Mora. Ella es la responsable de la emisión.

Este es un programa donde los realizadores y los redactores tienen un peso muy equivalente. Por eso me parecía que el segundo tenía que ser alguien de realización. Es un reflejo de esa especie de equilibrio que hay en todos los reportajes de *Informe semanal*. Tan importante como el contenido es el continente. Luego las dos subdirectoras son redactoras, que también hacen funciones de redacción como cualquier otro. Pero tienen ese rango superior que les permite tomar decisiones en mi ausencia o ayudarme con un montón de cosas que tiene este programa: las promociones, las notas de prensa, las entradas del blog, las noticias para el *Telediario* que se desgajan de los reportajes, la coordinación de los equipos... Evidentemente yo no llego a todo, y por eso tenemos dos subdirectoras. Y por supuesto también para proponer temas, aunque esté la reunión de todo el equipo. Todos los lunes nos reunimos para proponer temas.

Eso me interesa, el lunes os reunís todos para ver los distintos temas que van a surgir a lo largo de la semana.

Claro. Algunos ya están cantados, a veces lo que vas a contar es obvio. Suelen ir con el programa abierto al cincuenta por ciento. Muchas veces la gente propone temas porque quiere hacerlos. O a veces te dicen que los proponen pero no para hacerlos ellos. En esa reunión salen temas para la semana en curso, pero casi siempre surgen temas para más adelante. En la reunión también se comentan las audiencias. Se suele comentar poco el programa que acaba de emitirse,

porque ya hace tiempo que descubrimos todos que las críticas las llevamos muy mal. La gente reacciona muy mal ante las críticas, sobre todo si se hacen de forma abierta en una reunión en la que hay veintitantas personas. No son reuniones en las que sometamos a revisión los reportajes de la semana. Lo que sometemos a revisión a veces son las cosas que no duelen, como qué podíamos haber hecho. Pero la revisión en caliente del programa emitido cuarenta y ocho horas antes, esa ya la hago yo en un terreno mucho más privado con la persona responsable o con el equipo. Aunque también suelo evitarlo, porque no sirve de nada excepto para enfadar al equipo. No tiene mucho sentido criticar lo que no has sido capaz de corregir con el guión o durante el proceso de realización. Este es un programa de gente madura, que es mucho más difícil de manejar. Aun así somos tremendamente autocríticos, pero llevamos mal la crítica ajena. Autocrítica hay, es importante decirlo.

También me interesa conocer un poco el proceso concreto de creación de un reportaje. En qué período de tiempo se realiza cada uno, cuál es el proceso...

También en esto hay dos velocidades. Algunos reportajes se empiezan la semana anterior a su emisión. En la semana anterior el redactor y el realizador se encargan de documentarse y de tener acceso a la documentación, tanto escrita como audiovisual. Revisan esa documentación y cierran las entrevistas o los rodajes, que se hacen en la misma semana en la que se emite el reportaje. Ese podría ser un poco el estándar.

Luego hay otros reportajes que empiezas en la misma semana de emisión. Suelen ser los temas de actualidad y llevan una velocidad diferente. Lo curioso es cómo te vas aclimatando. Tienes algo dentro de la cabeza cuando trabajas en *Informe semanal* que hace que te ajustes perfectamente a los tiempos. Cuanto más tiempo tienes más necesitas. Y si te dieran una semana más la seguirías utilizando. Pero sabes que tienes el límite del sábado de emisión y te ajustas. Y no

puedes decir que el mejor reportaje es el que has hecho durante más tiempo. Eso ya depende de otros factores.

¿Cómo obtenéis las imágenes de archivo necesarias para los reportajes? ¿Cogéis imágenes de los Telediarios para los temas de actualidad?

No, todo eso lo gestiona documentación. Documentación es un servicio central que funciona muy bien. El *Telediario* te puede dar una pista, pero no solemos coger las imágenes que ha dado. Nos vamos al bruto de esas imágenes, al original. Los planos en un *Telediario* suelen ser bastante más cortos, porque quieren enseñar muchas cosas en poco tiempo y su montaje es más picado. En *Informe semanal* el montaje es mucho más reposado, y por lo tanto necesitamos ir casi siempre a los originales para poder utilizar esas imágenes de otra manera. Y luego el *Telediario*, a veces también por premura, no tiene acceso o tiempo de visionar verdaderas joyas que a lo mejor te llegan por agencias como Reuters.

En cuanto a la documentación pasada, los servicios de documentación catalogan de maravilla también. Te dan fichas perfectamente detalladas y luego te dan el material que solicitas con esa información. Todo eso lo vas haciendo de manera casi simultánea. En *Informe semanal* muchas de las entrevistas van cubiertas. Precisamente porque son testimonios largos, te permiten cubrirlos e ilustrar lo que está diciendo el que habla. Eso te hace pedir imágenes para cubrir lo que llamamos una entrevista ilustrada. Las preguntas no son sorprendentes, pero las respuestas que te dan contienen elementos con los que tú no contabas. Eso hace que estés hasta el último minuto ajustando cortes.

¿Os piden un índice de audiencia para el programa?

No, pero se ponen muy contentos cuando tenemos buena audiencia.

¿Sueles mirar los índices?

Absolutamente, vivo pendiente de ellos. Aunque creo que me obsesiona menos que a otros, también porque estoy en un programa que lo permite. No tienes la sensación de que si no cubres unas expectativas van a quitar el programa. Si estuviera en un programa de nueva creación viviría preocupadísima. *Informe semanal* no va a desaparecer, como mucho quitarían a la directora si consideraran que no da los resultados previstos.

Trabajar con *Informe semanal* y con los materiales de *Informe semanal* te da una cierta tranquilidad. Hay cosas que ya tienes seguras, como que un Madrid - Barcelona te va a perjudicar y no puedes hacer absolutamente nada para levantar el programa. En esos casos, mi norma es hacer un programa para la mitad de la audiencia que se queda a verlo y a la que deberíamos hacer un monumento. Tenemos que hacer un programa todavía mejor. A lo mejor una audiencia malísima consiste en tener una media de 1.300.000 espectadores. Y aquí llega la gente y dice: “No nos ha visto nadie”. Y no sé cómo podemos ser tan arrogantes, si los periódicos que venden 700.000 ejemplares en domingo han hecho una tirada enorme. Y nosotros nos quejamos porque la semana del Madrid – Barcelona nos han visto 1.300.000 espectadores, a los que además hay que sumar Internet y los pases en el Canal 24 horas y el Canal internacional.

¿Tenéis datos sobre la difusión de Informe semanal en Internet?

Yo no tengo todavía ningún dato sobre Internet. Tenemos datos de *facebook*, de cómo a lo mejor un reportaje lo recomiendan cuarenta personas y otro lo recomiendan veinticinco mil. Curiosamente estos últimos suelen ser los reportajes sobre temas culturales. También tenemos las audiencias del Canal 24 Horas, donde *Informe semanal*, según las franjas, también funciona muy bien e incluso duplica la audiencia media del canal. Creo que sucede con la emisión de la mañana del domingo, que es una opción muy buena porque hay gente que sale el sábado y lo ve a la mañana siguiente. Hay

otros datos que no se pueden controlar, como los del Canal Internacional. Es imposible saber cuánta gente lo está viendo ahí.

De lo que sí somos conscientes, y es otra de las cosas que a mí me ha tocado vivir en esta etapa, es de la fragmentación de las audiencias. Antes vivíamos absolutamente pendientes de las audiencias del lunes, de ese único pase que había y en el que te lo jugabas todo. Ahora la vida de *Informe semanal* se ramifica por otros contenedores, empezando por la red, donde un número indeterminado de personas tiene acceso a esos reportajes horas después de que se haya emitido el programa. A partir de ahí lo pueden ver cuando quieran. Ahora se consume de otra manera, lo notas porque de pronto te llega una felicitación o una crítica mucho tiempo después de que se haya emitido un reportaje.

¿Y qué cifras aproximadas hace el programa en el Canal 24 Horas?

Los datos del Canal 24 Horas le suman una media de 300.000 espectadores más al programa. Y a veces no lo tenemos en cuenta, como si fueran cifras despreciables. Precisamente las cifras del Canal 24 Horas son cada vez menos despreciables porque es un canal que va cogiendo fuste, al que además la gente recurre en momentos en los que pasa algo importante y tiene la necesidad de información continua. Ahora en las reuniones que hacemos los miembros del programa, si tengo ganas de sumar, además de dar las audiencias del primer pase del sábado por la noche, también les doy las del Canal 24 Horas. Otra de las cosas que he aprendido en esta etapa de la fragmentación es a no despreciar ninguno de los contenedores en los que una persona puede ver el *Telediario* o *Informe semanal*.

Hablabas antes del contacto con los espectadores del programa. Además del correo electrónico, ¿tenéis otras formas de contacto? ¿Qué papel cumple la figura de la defensora del espectador?

El correo electrónico y la defensora del espectador son los dos vehículos por los que llegan los comentarios de la audiencia. Los

espectadores que contactan con la defensora escriben para quejarse, porque van a defenderse de algo que creen que no está bien o porque no se ha atendido una necesidad. Tenemos muy pocas quejas. Y cada vez que las hay escribo a la defensora. Yo le doy mi punto de vista, incluso asumiendo que las cosas podrían haber sido de otra manera. Luego ella con la información que tú le das, más su propia valoración como defensora, contesta lo que quiere. Yo no tengo acceso a esa respuesta final, no la censuro ni le doy el visto bueno.

En tu época como directora, ¿habéis tenido alguna polémica a raíz de los reportajes?

Hemos tenido alguna, aunque no muchas. Para mí la polémica más fuerte fue tras la emisión de un reportaje llamado “Construcción sin límites”, que trataba sobre la construcción en la Comunidad Valenciana. Ese reportaje lo hicimos porque había sucedido algo importante: el Parlamento Europeo pidió que se cambiara la legislación autonómica para que se dejara de asfaltar el litoral levantino. Entonces fuimos a ver cómo se estaban haciendo las cosas, algo que probablemente cualquier veraneante ya ve. Por supuesto en ese reportaje hablaban abundantemente todas las partes implicadas. A mi juicio era un reportaje equilibrado. Pero a veces descubres que lo que quieren es simplemente que no hables del tema. No hay reportaje más cómodo que el que no sale. Ese reportaje irritó profundamente desde el momento en que el equipo puso el pie en la Comunidad Valenciana. Incluso hubo una rueda de prensa de Carlos Fabra en Castellón el miércoles sobre un reportaje que se iba a emitir el sábado. Es decir, fue una rueda de prensa preventiva sobre los contenidos del sábado, donde además ya daban por hecho que no iba a ser una información limpia o ajustada, sino que venía intoxicada. El reportaje se emitió y Televisión Española nos respaldó en todo momento.

Aquel tema duró muchísimo tiempo. Meses después, en el Senado todavía se estaban haciendo preguntas al Gobierno sobre él, dando a entender que Televisión Española actuaba por mandato del

gobierno con este tema. Incluso mandaron un vídeo alternativo sobre lo que teníamos que emitir a modo de rectificación. Todavía lo conservo porque es una joya: sólo se veían cúpulas de iglesias de cerámica, gaviotas y flamencos en lagunas. Todo aquello fue muy fuerte y creo que ha sido el reportaje con el que más he sufrido. Me pareció además que fue una campaña muy injusta, que tuvo sus partes buenas como el premio Libertad de Expresión, que nos dieron los periodistas de Valencia y fuimos a recoger. Pero reconozco que aquel reportaje tuvo para mí un efecto paralizante, porque no he vuelto a hacer nada sobre urbanismo en esa comunidad. Te quedas con la sensación de que metes en un lío a tu empresa, que tiene que contestar en la Comisión de Control Parlamentario a un montón de preguntas.

Dentro del organigrama de Televisión Española, ¿de quién depende la dirección de Informe semanal?

Del director de informativos, Fran Llorente. *Informe semanal* está incluido en la decena de programas no diarios que hay en informativos. Yo soy a su vez la directora de los programas no diarios. Aunque cada programa tiene su director y me considero más bien una coordinadora. A veces digo que sólo soy directora de los programas no diarios para organizar las vacaciones de la gente.

¿Puedes darme más detalles sobre el puesto de directora de programas no diarios?

El puesto me proporciona una imagen de conjunto. El responsable de programas no diarios supervisa los presupuestos, sirve de interlocutor con la dirección de informativos, recoge las peticiones del personal y coordina los distintos equipos. Además de las cuestiones de pura mecánica administrativa, me permite ir por delante de los temas que se van a tratar en los distintos programas. Así puedo asegurarme de que no se produzcan reiteraciones y lleguen los equipos de dos programas distintos al mismo sitio para hacer lo mismo.

Puedo sugerir cosas, aunque la decisión final es de los directores. Cada programa goza de absoluta autonomía, pero de vez en cuando podemos trabajar juntos. Por ejemplo, ahora tenemos un reportaje sobre la muerte digna y los cuidados paliativos que ha sido diseñado y previsto por un equipo de *Crónicas*. Es un equipo que ya hizo una hora sobre el tema para *Crónicas*, y desde el principio quedamos en que no íbamos a trabajar sobre lo mismo dos equipos y dos programas distintos. Ellos hacen el reportaje para nosotros con una mirada en parte distinta a la que usaron para *Crónicas*. Sobre todo hay que buscar la forma de optimizar recursos. Es el tipo de trabajo que hago como directora de programas no diarios. Le dedicó un poco de tiempo todos los días, pero siento que el noventa por ciento de mi ocupación se llama *Informe semanal*.

No sé si has vivido como directora de programas no diarios la polémica generada a partir del cambio de Crónicas y En portada al Canal 24 Horas.

Sí, hubo cierta polémica. Se pensaba, y se sigue pensando, que era un cambio a peor porque los ve menos gente. Como miembro de la dirección de informativos te puedo decir por qué se decidió eso. El Canal 24 Horas hay que potenciarlo; es uno de los canales que tiene que ser puntero dentro de la televisión pública, mucho más con la desaparición de CNN+. El Canal 24 Horas necesita crecer y sólo hay dos maneras de hacerlo: en audiencia y en contenidos. Ese crecimiento pasa por la concurrencia de todos los contenidos que se hacen desde todos los servicios informativos. En el Canal 24 Horas tienes que ir volcando lo mejor, porque si no lo haces no fidelizas al espectador, que sólo lo verá cuando sucedan acontecimientos importantes como el de Fukushima, en el que se triplica la audiencia.

El Canal 24 Horas tiene unos medios limitados. Tiene capacidad para ir haciendo sus bloques y sus piezas de información continua todas las horas, pero para rellenar lo que no sea esa información puntual de lo que pasa necesita productos buenos. Por eso tenemos que ir colocando lo mejor ahí, como también está colocado *Informe*

semanal tres veces por semana. Ese es el motivo para colocar en el prime time del Canal 24 Horas *Crónicas* y *En Portada*. Pero tanto los directores como el equipo de los dos programas no estaban de acuerdo. Probablemente si yo hubiera estado al frente de uno de esos dos programas también lo hubiera dicho, porque sentían que se iban a ver perjudicados en términos de audiencia. Y de momento se están viendo algo perjudicados, aunque no mucho.

Cuando asumiste la dirección del programa en el 2004 también lo presentaste durante unos meses.

Fue muy poco tiempo. Al principio Baltasar Magro se iba a quedar más tiempo, pero luego se marchó antes de lo que había previsto porque se fue a dirigir un programa de entrevistas. Beatriz Ariño, que presentaba *La 2 noticias* con Fran, aceptó el puesto de presentadora en *Informe semanal*, pero acababa de dar a luz y se incorporaba en septiembre. Durante esos meses lo presenté yo y lo pasé fatal.

Es curioso, porque ahora cuando ocasionalmente presento el programa porque se va de vacaciones la presentadora, lo vivo con una naturalidad enorme. Pero en esos meses que eran tantos de seguido yo me sentía mal, me apabullaba el tema de la imagen. Lo viví con mucho agobio porque no me gustaba lo que salía y porque tampoco me parecía que se estaba cuidando demasiado. Quizá porque todo era provisional. Cuando alguien presenta de manera continuada ya tiene las luces ajustadas o le ceden ropa los mejores modistos. Yo todo lo que saqué en esos días era ropa de mi armario o ropa que me compraba yo y nadie me financiaba. Eso no pasa con las personas que dan imagen y es lógico. En general no tengo buen recuerdo.

A día de hoy sigues haciendo reportajes para Informe semanal. ¿Cómo seleccionas aquellos en los que te implicas?

No selecciono los que más me gustan. Muchas veces ni siquiera elijo los temas de los que sé más, sino aquellos que creo que puedo hacer y son compatibles con la dirección del programa. Elijo los re-

portajes que no me van a obligar a viajar mucho, y que si me obligan a viajar es en unas fechas muy concretas, en las que aviso para que el resto del equipo no libre y pueda sustituirme. Depende de muchas cosas.

Yo me voy a ocupar de cubrir la presentación de *La piel que habito*, la nueva película de Pedro Almodóvar, en el Festival de Cine de Cannes. No lo hago porque sea la directora del programa, sino porque la relación con Almodóvar es muy buena y es una relación de hace muchos años. Con nadie se va a portar mejor que conmigo, es lógico que lo haga yo. Sé que conmigo todo son ventajas, porque es una fuente cuidada y alimentada desde hace más de veinte años. Fue por esa misma razón por la que un día me dijo que no le importaba que yo entrevistara a su madre, algo que no hecho con nadie más. Lo hizo conmigo porque sabía que yo iba a tratar a su madre como si fuera la mía.

En otros casos hago un reportaje porque es una urgencia de última hora, no me atrevo a pedírselo a otro y si puedo decido asumirlo yo. Pierdo más tiempo buscando a alguien que poniéndome manos a la obra directamente. Me pasó con las elecciones británicas que ganó Cameron. Las elecciones eran un jueves y la corresponsal no podía hacer el reportaje porque estaba muy ocupada. Era un reportaje de urgencia, pero al mismo tiempo me tentaba mucho contarlo. Como además había que volver a Madrid el viernes por la tarde y quedarse sin dormir para prepararlo, decidí hacerlo yo. Pero también porque me gusta. Tengo un amigo que me dice: “A ti no te dan gato por liebre, a ti te gusta comer gato”. Y es verdad. Me gusta la adrenalina del último momento, lo descubrí en el *Telediario*.

También hay temas que procuro no hacer, especialmente los de política. Me gusta mucho la política, pero no quiero que alguien pueda pensar que me quedo un tema de manera interesada para favorecer o perjudicar a alguien. Debido a esa lupa deformante que muchas veces sientes que tienes encima de tu cabeza, evito temas que van desde las primarias del PSOE al caso Gürtel. Prefiero que

los hagan otras personas aunque yo pueda tener una buena agenda. Sólo por el qué dirán.

Esto me recuerda una entrevista en la que decías que Informe semanal es un programa más codiciado por grupos sociales que por partidos políticos.

Sí, mucho. Y por editoriales y distribuidoras. Curiosamente, un libro se vende mejor desde un programa que no es de literatura que desde un programa de letras. Y lo mismo ocurre con las películas. Te llegan muchas propuestas y en eso soy muy restrictiva.

En el programa tienen cabida aquellas cosas que desde el punto de vista profesional son incuestionables. Es decir, nadie cuestiona desde el punto de vista periodístico que hagamos un reportaje sobre Alejandro Amenábar, que ahora mismo es uno de los grandes directores. No creo que nos puedan decir que se trata de un publlirreportaje. Incluso hemos hecho reportajes sobre películas de otras cadenas de televisión, por ejemplo Tele 5 en el caso de *Ágora*. También nos ocupamos de otras películas porque tienen un lado documental que nos permite saltar de la ficción a la información. Lo hemos hecho hace poco con Montxo Armendáriz y *No tengas miedo*, porque nos permitía hablar de un tema tan duro como el de los abusos a menores en el seno de la familia.

Cuando la violencia de género se empezó a visibilizar, recuerdo que hice un reportaje sobre *Sólo mía*, una película protagonizada por Sergi López que abordaba el tema. Las películas nos aportan un material sobre algo que en la realidad no puedes captar, porque no tienes una cámara cuando se produce una escena de violencia física o emocional. Así que hicimos un reportaje sobre los malos tratos y en parte nos apoyamos sobre aquella película. Nos gusta mucho hacer esas mezclas, funcionan muy bien. Como cuando utilizas una película sobre la guerra civil para hablar de una efeméride en torno a ese acontecimiento histórico.

Quizás he trasladado al programa parte de mis deseos y de mis obsesiones. Una es el lado ético del periodismo. Es muy fácil hacer

un periodismo por el que no te lleven a los tribunales, pero es mucho más difícil hacer un periodismo ético. Además por falta de ética nadie va los tribunales. Pero a mí siempre me ha obsesionado mucho. Es mucho más difícil trabajar con criterios éticos que sin ellos, la ética es una carga muy pesada pero muy importante. Y todas estas obsesiones sobre qué invitaciones aceptas y en qué condiciones, creo que derivan de mi preocupación por el lado ético del producto que entregas al final.

¿Son importantes los premios? Un dato sobre tu carrera que aparece siempre es el premio en el Festival de Nueva York por el reportaje sobre las brigadas internacionales, “La vuelta de los voluntarios de la libertad”.

Sí, los premios son muy importantes. El de Nueva York fue muy especial para mí, pese a que no me dejaron ir a recogerlo aunque me apetecía mucho. Además ni siquiera sabíamos que el departamento de festivales lo había presentado, no fue una propuesta nuestra. Fue especialmente gratificante porque en Nueva York no te conoce nadie y sabes que la valoración es equidistante e imparcial. Me hizo especial ilusión, también por la aventura de esos jóvenes que no sabían ni dónde estaba España pero sí sabían la causa que tenían que defender. Me conmovió especialmente ese premio por eso.

Hay otros premios que no tienen tanto prestigio y que también te hacen mucha ilusión. La gente piensa que cuando tienes varios premios ya no te hacen ilusión, pero no es así, todos necesitamos que nos digan que no lo hacemos mal. Te quita inseguridad aunque al día siguiente tengas que volver a pensar en lo que tienes que hacer para más adelante.

¿Qué televisión actual te interesa?

Todos los informativos. Porque es mi obligación y porque me interesan. Respeto mucho todos los nuevos formatos. Y todavía más los que se hacen con economía de medios. Aunque no siempre, mu-

chas veces me interesan también los programas de toda la vida, como *La noche temática* o *Documentos TV*. Y luego el entretenimiento. Me interesa *El hormiguero*, *Buenafuente* o *El intermedio*. En general, como espectadora, me gusta el humor ácido y corrosivo. Yo creo que la televisión debe tener siempre, y sobre todo las cadenas públicas, contenidos revulsivos e irreverentes aunque sea en una proporción minoritaria.

Me gusta mucho también la ficción documentada. Y ahí yo creo que La 1 ha encontrado un filón. Me parece que series como *Cuéntame* están hechas con calidad y dignidad. Le dan información al espectador y le hacen pasar un rato agradable. Incluso a lo mejor pueden incitar a comprar un libro para leer algo más sobre un tema. Son programas que forman parte del entretenimiento, pero que también cumplen las funciones que decía el primer presidente de la BBC: formar, informar y entretener. Para mí es una especie de tríptico insuperable, no he encontrado una definición mejor de los objetivos de la televisión. Y este tipo de series a mí me parece que hacen las dos cosas a la vez, entretienen y están basadas en hechos documentales bien contrastados. Son programas que veo muy a gusto.

Me da la impresión de que tu visión actual del periodismo es esencialmente negativa, sobre todo por cuestiones éticas. ¿Crees que las nuevas tecnologías han ido en detrimento de la calidad de la información o del contraste de fuentes?

Tengo una mirada negativa, pero no pesimista. Creo que los errores en los que hemos incurrido son corregibles y que el periodismo no ha desaparecido ni va a desaparecer. En estos momentos de gran confusión, de tanta basura informativa y tanto ruido, la labor del periodista es más necesaria que nunca. Porque el periodismo no es *Wikileaks*, aunque me alegro de que se hayan liberado esos cables que nos han permitido acceder a mucha información. Creo que el periodismo empieza donde acaba *Wikileaks*. Empieza en el ordenamiento y selección de esos cables. Y también en la información comple-

mentaria que los periodistas han ido añadiendo. La labor del periodista es la de verificar, dar un punto de vista, contrastar, poner lo probable como probable y lo seguro como seguro.

Es cierto que la tecnología nos ha deslumbrado. Pero una vez que la dominas, no hay que quedarse fascinado por las posibilidades que nos ofrece. Tenemos que incorporar de nuevo la deontología, la ética en los casos en que se ha perdido. Además hay una generación de periodistas jóvenes que ya han nacido con el ratón en la mano. Disponemos de muchas facilidades para trabajar y para hacer periodismo rápido, pero no para hacer buen periodismo. Y es muy duro renunciar a todo eso. Es necesaria una empresa que vigile mucho la ética de sus contenidos, además de la veracidad. Y periodistas que también tengan el ideario ético en primera línea, aunque se trabaje más lento.

Y acotando más el terreno, ¿se hace buen periodismo en la televisión generalista?

Sí, yo creo que en televisión hay buenos periodistas. Y también de los otros. En un mismo informativo puedes ver buen periodismo y el que no lo es tanto. Y ocurre que a veces incluso te aplauden más por lo que, a mi juicio, no es un buen periodismo. A mí me parece que nadie se ha tomado muy en serio todavía a la televisión como un vehículo de información. Aunque TVE, por ejemplo, ha hecho de los informativos su principal seña de identidad, siendo un poco lo que nos separa del resto. Pero la televisión es un medio muy complicado. Y cuando alguien quiere dar una gran noticia que necesita ser desarrollada nunca se la va a dar a la televisión. Normalmente la va a dar en un periódico, y luego la televisión ya se hará eco de ello.

También existe la sensación de que los mejores periodistas están en la prensa escrita. Esa sensación la tengo incluso yo, que tengo cierta envidia del periodismo escrito. El periodismo escrito te permite desarrollar las cosas, llegar a la fuente de mejor manera. Las fuentes secretas audiovisuales te pueden contar una cosa que utili-

zas, pero todo necesita su soporte de imagen. Sin embargo, con una sola fotografía de dos niños de espaldas puedes hacer un reportaje de dos páginas en un periódico nacional sobre abusos sexuales en el hogar. Y esos niños no tienen por qué ser dos personas que hayan sufrido abusos. Pero en televisión no puedes estar haciendo simulaciones de la información. No haces un rodaje de ficción salvo que no tengas más remedio, porque no es nada recomendable. Por eso trabajar en televisión es tan complicado, necesitas algo más que la fuente, la confirmación y la redacción.

Hemos hablado de una serie de cuestiones en torno a Informe semanal que tienen que ver con la ética, con limpiar el ruido y profundizar en los temas. Yo tengo la sensación de que el programa se ha convertido en una forma de resistencia contra las inercias que dominan los medios de comunicación actuales.

Yo creo que sí. Hay otro debate que he intentado superar a raíz de programas nuevos que usan recursos como la cámara al hombro, como por ejemplo *Callejeros*. Programas que se hacen de una manera antitética a *Informe semanal* y no por eso dejan de tener calidad. Y la duda que me surgía es si me estoy adocenando. Porque por mucha evolución que tenga, el programa que hacemos es bastante parecido al que hacíamos el año pasado y el anterior. Me planteaba si deberíamos incorporar la cámara al hombro o romper el formato continuamente. Y la conclusión a la que llegué fue que no, igual que no deberíamos cambiar nunca el día de emisión. Porque es mejor competir en el *prime time* más difícil de la semana que marcharse al domingo a las ocho y media de la tarde, donde probablemente nos vería más gente.

Creo que una vez que un programa tiene sus señas de identidad lo mejor que puedes hacer es mantenerlas. Si *Informe semanal* se empezara a llamar mañana de otra manera la gente te diría que es peor programa, aunque lo hiciéramos exactamente los mismos que estamos en este instante. *Informe semanal* tiene una fidelidad y un público al que le gusta que se lo des así. El día que perciba en tér-

minos de audiencia o por correos electrónicos que algo ya no conecta, entonces pensaremos en cambiar o pensaremos en sustituirlo.

Los nuevos formatos que han nacido son estupendos, unos más que otros. A mí me gustan y además me obligan a una cierta tensión, a no valorarlos nunca por encima del hombro. De hecho es todo lo contrario, los veo con muchísimo respeto. Algunos han surgido fruto de la innovación tecnológica, con las mini cámaras. Otros fruto de la necesidad de hacer lo mismo que hacemos los de *Informe semanal* en mucho menos tiempo y abaratando el producto. Creo que ha habido una aportación novedosa y positiva.

Siempre me pregunto por qué no habrá más programas con un formato parecido al de *Informe semanal*. Y por qué, cuando se han hecho, han desaparecido rápidamente. Yo creo que es porque entre el original y la copia, la gente siempre se queda con el original. E *Informe semanal* en España es el original. Por lo tanto yo creo que es un programa que se tiene que mantener como está, con la evolución lógica. Pero yo mantendría el formato, porque si no lo mantenemos en *Informe semanal* ese formato desaparecería. Porque no hay nada parecido, nada igual.

Además ese posible adocenamiento tiene otra cara, la de ir contracorriente.

Claro. Pero está bien que todos nos preguntemos por la especificidad del programa. La duda es muy buena. A ver si cuando hablo de conservar, lo hago porque me he quedado sin imaginación o porque no me atrevo a pensar en nuevas cosas. Periódicamente te planteas cambiar la cabecera, porque las imágenes que salen ya te parecen redundantes u obsoletas. Y pones más *techno* en la sintonía o la vuelves a poner más sinfónica. Pero aun así hay cosas que permanecen, como ese fondo azul oscuro casi negro, que yo creo que es muy apropiado para una noche de sábado en la que decides quedarte en casa y que te cuenten lo que ha pasado.

GRUPO DE INVESTIGACIÓN TECMERIN

El grupo de investigación Televisión-Cine: memoria, representación e industria (TECMERIN) forma parte del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid y está dirigido por el Dr. Manuel Palacio Arranz. Lo componen investigadores especializados en estudios sobre la televisión y el cine y su relación con la historia, las representaciones sociales de la comunicación audiovisual, las coproducciones y los procesos transnacionales ligados a la geopolítica del audiovisual, las políticas públicas e industriales y la integración tecnológica y la accesibilidad.

El grupo TECMERIN ha participado en proyectos competitivos, en acciones integradas y colaboraciones con otras universidades y entidades, así como en la celebración de encuentros y seminarios científicos. Otro de los objetivos destacables del grupo de investigación TECMERIN es avanzar hacia la internacionalización, lo que le ha llevado a iniciar varios de esos proyectos y acciones integradas en el entorno latinoamericano y europeo.

CUADERNOS TECMERIN PUBLICADOS

Cuaderno Tecmerin 1

Por una mirada ética. Conversaciones

con Alicia Gómez Montano.

Autor: Carlos Gómez

Alicia Gómez Montano es periodista y doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha desarrollado casi toda su trayectoria profesional en RTVE. En 1996 fue nombrada subdirectora de Informe semanal, y desde mayo de 2004 hasta agosto de 2012 asumió la dirección del programa. Entre otros premios y galardones, ha recibido en 2011 el Premio de la Academia de las Artes y las Ciencias de Televisión a la mejor dirección de programas informativos.

Carlos Gómez es profesor en la Universidad Carlos III de Madrid, donde también cursa el doctorado en Investigación en Medios de Comunicación. Licenciado en Comunicación Audiovisual por la misma universidad, ha desarrollado su actividad profesional en el ámbito de la producción audiovisual.



tecmerin

televisión-clase:
memoria, representación
e industria



Universidad
Carlos III de Madrid